

Humboldt State University

Digital Commons @ Humboldt State University

Trade & Scholarly Monographs

Humboldt State University Press

2021

Migraciones de la sangre: Textos de escritoras latinoamericanas

Lilianet Brintrup Hertling
Humboldt State University

Gladys Ilarregui
University of Delaware

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.humboldt.edu/monographs>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#), [Poetry Commons](#), and the [Women's Studies Commons](#)

Recommended Citation

Brintrup Hertling, Lilianet and Ilarregui, Gladys. *Migraciones de la sangre: Textos de escritoras latinoamericanas*. Humboldt State University Press, 2021. <https://digitalcommons.humboldt.edu/monographs/13>.

This Book is brought to you for free and open access by the Humboldt State University Press at Digital Commons @ Humboldt State University. It has been accepted for inclusion in Trade & Scholarly Monographs by an authorized administrator of Digital Commons @ Humboldt State University. For more information, please contact kyle.morgan@humboldt.edu.

Migraciones de la sangre

*Textos de escritoras
latinoamericanas*

Editoras
Lilianet Brintrup Hertling
Gladys Iñarregui



Migraciones de la sangre

Textos de escritoras latinoamericanas



© 2021. Each of the authors retain copyright over their works.
Any use beyond that permitted by the Creative Commons
license must have the written approval of the respective
copyright holder.

Humboldt State University Press
Humboldt State University Library
1 Harpst Street
Arcata, California 95521-8299
hsupress@humboldt.edu
digitalcommons.humboldt.edu/hsu_press

Layout and Design by Laiza Y. Pacheco & Sarah Godlin
Cover and internal art: ©2021 Natalie Craig

This book is licensed under a Creative Commons
Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0
International License.

ISBN: 978-1-947112-65-0

Humboldt State University Press



Migraciones de la sangre

Textos de escritoras latinoamericanas

Editoras
Lilianet Brintrup Hertling / Gladys Ilarregui



Índice

Palabras Preliminares	vii
Gladys Ilarregui	ix
Prólogo	xi
Adriana Haro-Luviano	xvi
I. Coágulos	1
Marjorie Agosín	3
Esther Andradi	13
Lilianet Brintrup Hertling	25
Carolina Depetris	39
Gladys Ilarregui	51
Isabel Lipthay	63
II. Flujo	79
Sandra Lorenzano	81
Nora Strejilevich	93
III. Desangre	101
Ana María Dolores Huerta Jaramillo	103
Blanca López de Mariscal	115
Epílogo	121
Lilianet Brintrup Hertling	123
Autoras	125
Arte de Natalie Craig	134



Palabras Preliminares

Vitosha, Sofía, el nacimiento de este libro

*Se cuenta que los antepasados muertos antes de tiempo,
con sangre todavía joven en las venas,
con pasiones intensas en la sangre,
con sol palpitante en las pasiones
retornan.*

De “Silencio” Lucian Blaga (1895-1961)

Los versos de Lucian Blaga son pertinentes no sólo por haber iniciado este trayecto en una universidad que lleva su nombre, sino por la coincidencia de sangres históricas que este collage de escritura presenta. Al término de nuestro IV Simposio, pasamos a Bulgaria en días que nos depararon un poco de descanso y reflexión y con Lilianet comenzamos los apuntes para este libro en una heladería de Vitosha, el distrito artístico y turístico de Sofía. Al repasar las calles, nos saludaba la lengua búlgara con los caracteres de su alfabeto cirílico, las macetas llenas de flores, la ciudad de las rosas. En los árboles que apenas se movían en el aire pesado del verano, las cintas rojas y blancas, los deseos flotando y las novias que aparecían radiantes para tomarse sus fotografías nos ofrecían un clima de fiesta. Sibiu quedaba atrás, la ciudad cultural de Transilvania todavía vibraba en Sofía con la compañía de unos pocos colegas; así mientras los copos de los helados brillaban y se derretían dibujando un pequeño paisaje de manchas sobre la mesa de metal, discutíamos la posibilidad de este proyecto. No queríamos una recopilación de actas a la manera tradicional, sino una conjunción de subjetividades que ya se habían demostrado en los días precedentes, por ejemplo, en la muestra de pintura de Natalie Craig cuyo pincel había trazado en forma inquieta esos circuitos de la sangre, sus niveles íntimos y sociales. Como los glóbulos rojos que en sus tres o cuatro meses de vida recorren ciento cincuenta mil vueltas alrededor del cuerpo, nuestros colegas abordaron con originalidad el campo de lo humano y lo estético a partir de esa sustancia única, escribieron sobre su tradición y su porvenir, encontraron la sangre como si estuviera fresca en los discursos de la violencia que no terminan de sumergirse en el pasado. El estudio activo de las dictaduras del sur recuerda que esos tiempos de sangre se extienden en numerosas ramificaciones, como se extiende la sangre del parir en los hijos, en sus herencias de afecto o de desvelo. Descubrimos que la sangre no es solo un viaje, un recorrido de transfusiones ideológicas y profundamente políticas, sino también es un transporte de hormonas y de oxígeno que desparramado por el cuerpo de cada mujer crea un lenguaje propio en cada escritora. Tal vez como un sistema inmunitario escribimos para exorcizar los demonios, los Dráculas de nuestro tiempo, para liberar como los glóbulos blancos sobre páginas blancas las cicatrices cotidianas, en un acto confesional que limpia y que libera. Toda la literatura desde los tiempos antiguos registra la sangre, sangre de profetas, de crucificados, de pactos, la sangre perdida respondiendo a una violencia o a un ceremonial, a una forma de comprender la importancia de la muerte y de la vida.

¿Cuánto tiempo se tarda en terminar un helado cuyo copo de chocolate o fresa es absolutamente tentador?, tal vez unos pocos minutos y en ellos, el chispazo de esto que ahora es un intercambio de voces, un pequeño tapiz ilustrado que busca una lectura. El verano de 2019 ahora se ha cerrado,

una parte de ese mundo con el que comenzó esta aventura nos reveló su belleza y su experiencia de ausencias, estos son países que llevan su propia historia dura. No dejo de recordar el sol sobre las piedras y la historia hasta en unos calcetines tejidos detrás de la vidriera de un museo. Comprendo que, muchas sangres nos siguen enseñando, comprometiendo. Lo dice mejor la poeta rumana Denisa Comănescu:

*He lamido tanta ceniza
que hasta el sol ha salido de mi vientre
y desde entonces brillo
brillo*

Sean estos textos latinoamericanos un recorrido vital, un encuentro con la fuerza de la vida y sus rivalidades, con el amor que cierra heridas, con el porvenir luminoso de otros cuerpos y sangres.

- Gladys Iñarregui



Prólogo

Prólogo

En parte, la vida es un constante ejercicio de la memoria. Nos obligamos a recordar para alejar el olvido y mantener el latido de nuestras reminiscencias. En algunas ocasiones, las contamos una y otra vez hasta alcanzar la repetición de nuestro discurso en los oídos pacientes de nuestro escucha. En otras, las registramos con cuidadosa caligrafía o a golpe de teclado. No falta la ocasión de apurar la escritura para retener los detalles: el lugar y la fecha, la temperatura, los sabores y los olores, la sutileza en los gestos, antes de que terminen por desvanecerse, como lo hace el perfil desdibujado en la obra pictórica de Natalie Craig que aparece en la portada de *Migraciones de la sangre. Textos de escritoras latinoamericanas*.

En la historia de las literaturas del mundo no es la primera vez que la sangre se convierte en el medio que provoca y anima las palabras de las mujeres. Por haber nacido latinoamericana comparto parte del basamento cultural de Europa, así es que me tomaré la libertad de voltear la mirada a los mitos griegos. Ya los rapsodas en la antigua Hélade cantaron que cuando Circe cedió a las súplicas de Odiseo para que él y sus acompañantes abandonaran la isla de Eea, la diosa hechicera le ordenó al hijo predilecto de Atenea descender al inframundo para hablar con Tiresias, el adivino ciego capaz de ver el futuro. Según los detalles del Canto XI, Circe explicó que la palabra regresaría en sonoridad a la boca enmudecida de los espíritus moradores del inframundo, si se les ofrecía para beber un poco de la sangre obtenida de los animales sacrificados en honor a las divinidades del Orco. La predicción de Tiresias, indicándole los detalles de su regreso a Ítaca al lado de Penélope, no fue el único mensaje que escuchó Odiseo. De la sangre ennegrecida que llevaba consigo bebieron los espíritus de dieciséis mujeres para testimoniar el destino de sus esposos e hijos. Entre ellas se encontraba Anticlea, su madre, quien le reveló que, al creerlo muerto, decidió poner fin a su duelo desapareciendo en el oleaje del mar.

Migraciones de la sangre. Textos de escritoras latinoamericanas es un libro que lee la lírica y la prosa de sus páginas a nueve voces: Marjorie Agosín, Esther Andradi, Lilianet Brintrup Hertling, Carolina Depetris, Ana María Dolores Huerta Jaramillo, Gladys Ilarregui, Isabel Liphay, Sandra Lorenzano y Nora Strejilevich. Nueve mujeres, hijas, nietas, madres, esposas, amantes, creadoras que incursionan en diferentes géneros literarios como poemas, prosa poética, ensayo, crónica, narración y relato autobiográfico para moldear sus textos en relación a sus herencias y vivencias, a imagen de las redes que tejen los ciclos y las migraciones de su sangre. Desde la subjetividad de mi lectura, distingo que en el caso particular de los textos de las nueve mujeres creadoras se transforman en un *testimonio íntimo* de su relación e interacción con la sangre en el espacio corporal, emocional, espiritual, familiar, doméstico y profesional propio de las mujeres. Así cada par de ojos que se pose sobre las páginas de este libro, llegará a sus propias experiencias y experimentará sus propias emociones.

La relación entre la sangre y las funciones fisiológicas exclusivas del cuerpo femenino se ve privilegiada por la lírica naciente de la mano de **Marjorie Agosín**, cuyo poema “Migraciones de la sangre” coincide con el nombre de este volumen. Si bien el objeto lírico de este poema es

un tema mayor, la tristeza inherente al éxodo obligado por circunstancias políticas ajenas a la voluntad individual y cercanas al odio irracional, la autora consigue un paisaje completo de las diferentes etapas y los tropiezos en la vida reproductiva de las mujeres con “Dar a luz”, “La invitada de siempre”, “La cita” y “Tu llegada”. Con un léxico capaz de describir sin mencionar explícitamente las funciones corporales relativas a la sangre, Agosín centra la atención del lector en la expresión de emociones profundas a través del temple de ánimo del “yo lírico”.

“Medea I”, “Medea II” y “Medea III” son tres de los diez poemas que **Esther Andradi** despliega en estas páginas. Que la autora haya conformado un tríptico con el nombre de Medea, me lleva a pensar, en un primer momento, en la mujer que, despechada por el abandono de Jasón, asesina a sus hijos, cancelando así toda posibilidad de descendencia común con el argonauta; juntando así, al asesinato sanguinolento, el corte en la descendencia por línea sanguínea. En otro nivel de asociaciones, Medea era sobrina de Circe, la diosa hechicera, que le enseñó los poderes curativos de las plantas y la magia. Medea también fue sacerdotisa de la diosa Hécate, divinidad representada con tres cuerpos. Los tres poemas de **Andradi** dedicados a Medea proponen varias lecturas. En número, cumplen con la condición del cuerpo trino de la divinidad griega antes mencionada. En contenido, hacen referencia a las mujeres sabias e independientes que, por ser poseedoras de los secretos de la Naturaleza, fueron y siguen siendo llamadas “la maligna / la bruja / la tendida / la loca / la puta y reputa”. Mujeres que, resueltas en encono, enuncian la sentencia implacable para la desaparición de la estirpe que las desprecia en un nuevo corte de la línea sanguínea: “no volverás a ver / ni a sentir / ni a vivir [...] la tierra te aniquiló”.

Lilianet Brintrup Hertling presenta a los lectores de este volumen textos en los que cultiva el verso y la prosa. En un diálogo abierto con los elementos de la literatura fantástica, “Sangre de poca monta” expresa en una prosa fluida un encuentro imaginario con el Conde Vlad Tepes Drácula. “Vengo a visitarte aquí a tu rincón de espesa niebla en pleno corazón de la Transilvania” escucho decir a la voz del yo-poético. En esta bien templada prosa poética expresará las vicisitudes de un “milenio oscuro”, que será calificado por el Conde Tepes como un tiempo de “sangre de poca monta”. Este poema expresa la manipulación de la sangre para lograr en la muerte, la inmortalidad, o más bien dicho, para lograr la inmortalidad en la muerte, pese a los delitos de tortura y de crímenes. “En los otros poemas, **Brintrup Hertling** expresa el elemento sangre a través del afligimiento por desconocer la diversa nomenclatura de la sangre, no sabiendo bien cómo nombrarla. La sangre es expresada como algo vital, pero también banal. Las innumerables alternativas de la sangre con las cuales se relaciona la mujer abren dimensiones ricas e insospechadas. Se cuestiona acerca del lugar de retozo del buen y mal espíritu de la sangre. Lanza un desafío a la ciencia haciéndole ver que no puede responder a ciencia cierta sobre los cuasi infinitos alcances de los lados impolutos y perversos de la sangre. Expresa en imágenes inequívocas y precisas, el carácter eterno de las heridas perpetradas al planeta y a sus seres vivos.

El paisaje de las montañas de Aspen cautiva mi lectura. Palabras más, palabras menos, una conocida teoría literaria postula que los lectores tenemos la capacidad de relacionar nuestra lectura con otras lecturas que hemos realizado o con nuestra experiencia de vida. El poema de **Carolina Depetris** titulado “Aspen” es, en mi caso, uno de los ejemplos de esas uniones involuntarias. Los versos de **Depetris** son, apacibles y claros, como los cielos de Aspen, al enlazar a una pareja a través de la sangre de su fruto: “[e]n cualquier rincón / iguales / unidos por el flujo sanguíneo de un todo en todo”. La atmósfera armónica del poema da un giro y las imágenes creadas por la autora se deslizan a gran velocidad por las laderas de las cimas nevadas de Aspen, hasta estrellar mi horizonte de expectativas contra la dolorosa contundencia de los versos que describen la desunión de aquellos que, por amorosos y amantes, se me antojaron inseparables. Los poemas de **Depetris** desde “Aspen” hasta “Corte” hablan precisamente de eso, de cosas que se terminan, de lastimaduras que llegan por la sangre como en el feto que nace muerto en “Parto”, no hay distancias, la sangre es un friso que lo cubre todo como una marea detrás de las cosas, como propone en el poema “Hogar”, la sangre son los padres, los perros, las casas, la rutina neurológica. Esta sangre poética propone mirar esos momentos de abandono, esos instantes de ruptura desde la óptica de un elemento abarcador que pasa por el cuerpo, atraviesa las montañas, llega hasta la avidez de los pájaros preparando el banquete ante la herida.

“Rutas de la sangre americana” de **Ana María Dolores Huerta Jaramillo** recurre al ensayo para analizar bajo el marco de los estudios históricos un interesante novedoso acercamiento a las cosmovisiones precolombina y judeocristiana para encontrar en ellas a la sangre como elemento común de su base religiosa. De acuerdo con las investigaciones de **Huerta Jaramillo**, para las religiones asentadas en el actual territorio mexicano antes de la llegada de las tropas de Hernán Cortés, la sangre era considerada el alimento de las divinidades propias de los pueblos originarios de esta región geográfica. La llegada de los españoles trajo consigo un nuevo universo religioso, en donde la sangre de Cristo es el elemento redentor y purificador de las almas pecadoras. En paralelo, la autora no pasa por alto que la mezcla e integración sanguínea de los entonces habitantes del territorio mexicano y los recién llegados será la base del mapa genómico, cultural, político y religioso de la moderna nación mexicana.

A través de las palabras que vertebran el poema “Desterrada”, dedicado a Nadia Murad que fuera co-ganadora del Premio Nobel de la Paz (2018), **Gladys Ilarregui** desafía con voz terminante la injusticia y el dolor contenidos en la migración forzada. La protesta del yo-lírico creado por **Ilarregui** se endurece cuando el lector descubre que este desplazamiento ineludible trae aparejadas vejaciones que sufren las niñas y las mujeres, que por diversas razones se ven obligadas a dejar su lugar de nacimiento. La posibilidad de seguridad, arraigo y permanencia queda cancelada en el momento en que comienza la huida. A través de las imágenes y del contenido, la poeta asimila estas realidades violentas y sus vivencias desgarradoras, reclamando para esas niñas un gesto de esperanza: “Mírame/ las manos/ En esta piel de manos hay lugares de amor”. A ese exilio se une el del mar en “Migrantes” donde la sangre sube en los recuerdos de tazas rotas y lugares abandonados, en el flotar de objetos que ahora muestran

el desarraigo. En estos poemas hay una intimidad con la sangre que provoca una reflexión en los giros del tiempo y la escritura como en “Canción después” o “El recuerdo” donde se elaboran meditaciones personales acerca de lugares visitados, pero ya no como una viajera casual sino con una visión de humanidad hondamente compartida. La sangre y la escritura entretejen reflexiones de heridas y pérdidas, pero también hacen un juego a través del lenguaje, que deja pasar la luz de la vida y la esperanza.

Los reencuentros con los seres que amamos no siempre se concretan en el plano físico. En ocasiones irremediables, la muerte nos impide el calor del abrazo de la madre que nos consuela y reconforta. **Isabel Liphthay**, en su poema “La Hallada”, retrata a la mujer que antecede a la hija y a la nieta como la habitante única de un tiempo introspectivo que regula los anhelos convertidos en sueños. La encontró “constante en su ternura / allá donde la Luna / vive al revés”. La hija, ahora madre, desde los límites de su orfandad, rescata lo soñado de entre los pliegues de sus recuerdos, para transmitirle a la nieta la paz del canto y el arrullo de la sangre, “en este río milenario / de sangre corriendo / por abuelas, madres, hijas.” En el mismo tono, **Liphthay** incursiona en los demás poemas, sus otras líneas filiales de consanguinidad que se ven entorpecidas por cuestiones ideológicas y éticas. Su parte de sangre azul heredada, no le ha servido sino para ser “una baronesa perdida” que ostenta un inservible título nobiliario. El rechazo a toda guerra constituye una recurrencia temática en sus poemas y canciones.

Blanca López de Mariscal en su ensayo sobre el sacrificio humano en el capítulo XCII de la *Historia Verdadera*, refresca la interpretación de la sangre desde dos agendas políticas y religiosas que se contraponen desde el comienzo. Por un lado, la agenda europea de colonización y apropiación territorial y por el otro la vida social y cultural de los antiguos mexicanos y su universo divino y exótico para los recién llegados. Los textos a través de los cuales comenta la mirada europea son las cartas de Cortés, sobre un Tlatelolco maravilloso que solo puede despertar admiración y la crónica de Bernal Díaz del Castillo que sumerge al lector en los sentimientos de aquellos jóvenes españoles enfrentados con rituales atípicos; los rituales de la sangre ofrendada. **López de Mariscal** analiza en este ensayo cómo ella misma, como investigadora, puede ver estos hechos tan fundamentales de la historia mexicana, aunque muchas veces se haya escuchado el horror sentido por los europeos frente a la sangre humana. Este ensayo nos lleva a reflexionar sobre ese conjunto de valores y sobre las páginas pasadas por sangre: la de los conquistadores y la de los mundos divinos; la de los prejuicios y la de las realidades que conformaron la complejidad del mestizaje en el porvenir de Nueva España.

Las desafortunadas mezclas químicas alcanzan la esfera de las herencias de sangre que transitan de una generación a otra empañando el destino de la constelación familiar en la que conviven aquellos que las padecen, los que pueden transmitirla y los que los rodean. La diégesis creada por **Sandra Lorenzano** en “Nuestra herencia o la maldita mutación” recrea la historia de una familia cuya desventura gira en torno a la transmisión de una enfermedad sanguínea que afecta únicamente a las mujeres. La autora conduce al lector por el laberíntico pensamiento de una mujer para quien “[a] veces la herencia es difícil de sobrellevar”. Desde la

sangre heredada por **Lorenzano** nos conduce al poema “Bautizo” dedicado al a Javier Sicilia el fundador del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad en México; de allí pasamos a un texto de extraordinaria sutileza, pero también de horror, a la sangre de las heridas en las manos, las torturas, los rituales de la violencia con una referencia a una fotografía de Shirin Neshat, la artista iraní en exilio cuyos trabajos exploran el estatus de opresión de las mujeres de Allah desde una obra con grandes alegorías poéticas. La autora comienza su primer texto con un epígrafe sobre el arte del japonés del *kinsugi* y termina con las manos labradas de una mujer iraní. El recorrido de la sangre y su drama no conoce fronteras, no tiene otro idioma que el de la realidad dignificada por textos de sangre que pueden reconocer esas heridas, mirarlas de frente, repararlas con los trazos de las palabras, en la literatura.

Nora Strejilevich en “La ruta de la sangre”, una narración amplia revestida de referencias culturales e históricas, recrea el ambiente rancio del exilio político. Bajo la influencia del horror característico de esos desafortunados momentos históricos, la pluma de **Strejilevich** mantiene viva la memoria de aquellos que lo experimentaron con su propia sangre. Con una narrativa testimonial y el recuerdo cincelado en las venas introduce elementos vivenciales que se entretajan con el mundo literario conformando una diégesis asfixiante y angustiante para el lector, ya que consigue involucrarlo tanto en la migración del este europeo al Cono Sur durante la barbarie de la dictadura alemana en los años treinta y cuarenta, como en el pasado totalitario de América del Sur cuarenta años después. En la historia de una familia perseguida por el mismo sinsentido, la sobrevivencia se vuelve el *leitmotiv*. Pero, ¿qué sucede si en un ajuste de cuentas quien recuerda se da el lujo de desafiar la ira contenida y encuentra algunos momentos gratificantes en la herencia familiar narrada y transmitida de generación en generación? “Pero la memoria no se da por vencida: persiste y perdura en una versión concisa de nuestra historia que, sin embargo, tiene alas” escribe la autora poco antes de concluir su relato. Quien ahora redacta se detiene en esta frase y recuerda que cuando menos lo esperamos, una mala jugada del destino nos puede cancelar las realidades del hogar seguro y del lugar establecido. Y en medio de todo tenemos recuerdos que “pintan tiernas figuras en la oscuridad.”

Las creaciones literarias de las diez escritoras reunidas en *Migraciones de la sangre. Textos de escritoras latinoamericanas*, en un abierto desafío a los factores sociales, culturales, políticos, religiosos e incluso supersticiosos, a través de la palabra, a la usanza de aquella diosa hechicera, consiguen que esta publicación se convierta en una lectura no sólo atractiva, sino indispensable, para así enterarse de las situaciones humanas vinculadas a la(s) sangre(s) para las que no siempre se encuentra una respuesta lógica y cierta.

- **Adriana Haro-Luviano**

I. Coágulos



*Marjorie
Agosin*

Dar a luz

Dar un paso hacia la luz
y dar a luz

Entre sedimentos, el origen del ser
En un mundo de tiempo
fue sagrado el dar a luz

Y en un instante la vida entera
fue sangre.

La invitada de siempre

Llegaba a ella la sangre
Todos los días el mismo mes el mismo año

La sangre esa invitada de siempre.
Sin faltar a la cita
En cada mes

yo la esperaba
Aunque le temía la deseaba.
Siempre ella la precisa e incrustada
En lo más hondo del dolor.
En lo más hondo del vacío.

Ella la invitada se presenta
Y así buscamos refugio en ella.
Como un dolor que ya no se siente.

La cita

Un día no acudiste a nuestra cita.
Y como un amor te fuiste muy lejos
Y no regresaste.
No me sentí desesperada.

Te llamabas La Sangre
Inoportuna y desdeñada
La valiente y devastadora ellos te llamaron
La Sangre

Y no regresaste a esa lentitud
Con la que solías recorrer mis piernas.
Y la noche nuestro refugio y luego el mío.
Y como un amor que ya no duele
Dejaste un día de volver.

Huellas

Cuando los niños extraviados.
Cuando los niños buscadores.
Cuando los huérfanos se marcharon de los campos
Cuando huyeron por un paisaje lleno de alambradas
No tuvieron ellos las migas que mostraran su camino
No hubo luciérnagas ni brújulas.
Solo alguna huella en la nieve y la propia sangre extraviada
La huella en sus ojos y la herida abierta.
El sendero de una sangre como río
Un río que el tiempo ha ido secando.

Un sueño extraviado

Imaginé en mi sueño que yo estaba en un campo de trabajo forzado
Un lugar donde las manos me lloraban.
Pues en el sueño mis ojos había yo extraviado.

ellos insistían en raparme y grabar con fuego un símbolo en mi piel
al despertar las manos todavía me lloraban.

En la celda un alambre con púas crecía como espiga cruel y observadora
Y en una noche silenciosa
Eterna y silenciosa
El despertar fue con manos que aún me lloraban la sangre
Ceniza y gotas de mi sangre.

Migraciones de la sangre

Las migraciones en la sangre
Los senderos que emprendieron mis abuelos
Acusados por tan solo ser judíos.
Acusados de beber la sangre de otros niños no judíos.
Y así fueron de a pie entre ciudades y ríos
Cruzando mares también llenos de ira
Hasta llegar a ser siempre de otro lugar.
Perseguidos por esa leyenda de una sangre hurtada.

Siempre fue el judío parte de un pueblo de viajeros.
Extranjero en todas partes
Destinados al deseo de la vida
Una huida hacia la luz.

Una danza mezquina

El invierno despeñaba entre nosotros.
Pero fue mezquino en su luz.
Una cama angosta donde solo tú dormías.
En el sueño buscabas a quien devorar.
Y vestías una manta de fuego y escombros.
Tu cuerpo un esqueleto incapaz de danzar entre los muertos
Y en tus manos
La sangre de esos otros
La sangre del desamor
Como un vampiro que parecía amar
Y fuiste aquello
El pequeño y pobre rostro del engaño.
El avaro gesto de una nobleza imaginaria
Fuiste gotas de una sangre y tu mirada
Turbia sobre un campo donde devorabas los indicios de una luz
El frío resbalándose.

Tu llegada

Cuando anunciaron tu llegada.
Mi deleite fue como caminar sobre un río claro
El asombro de una estrella distante que empiezo a nombrar.

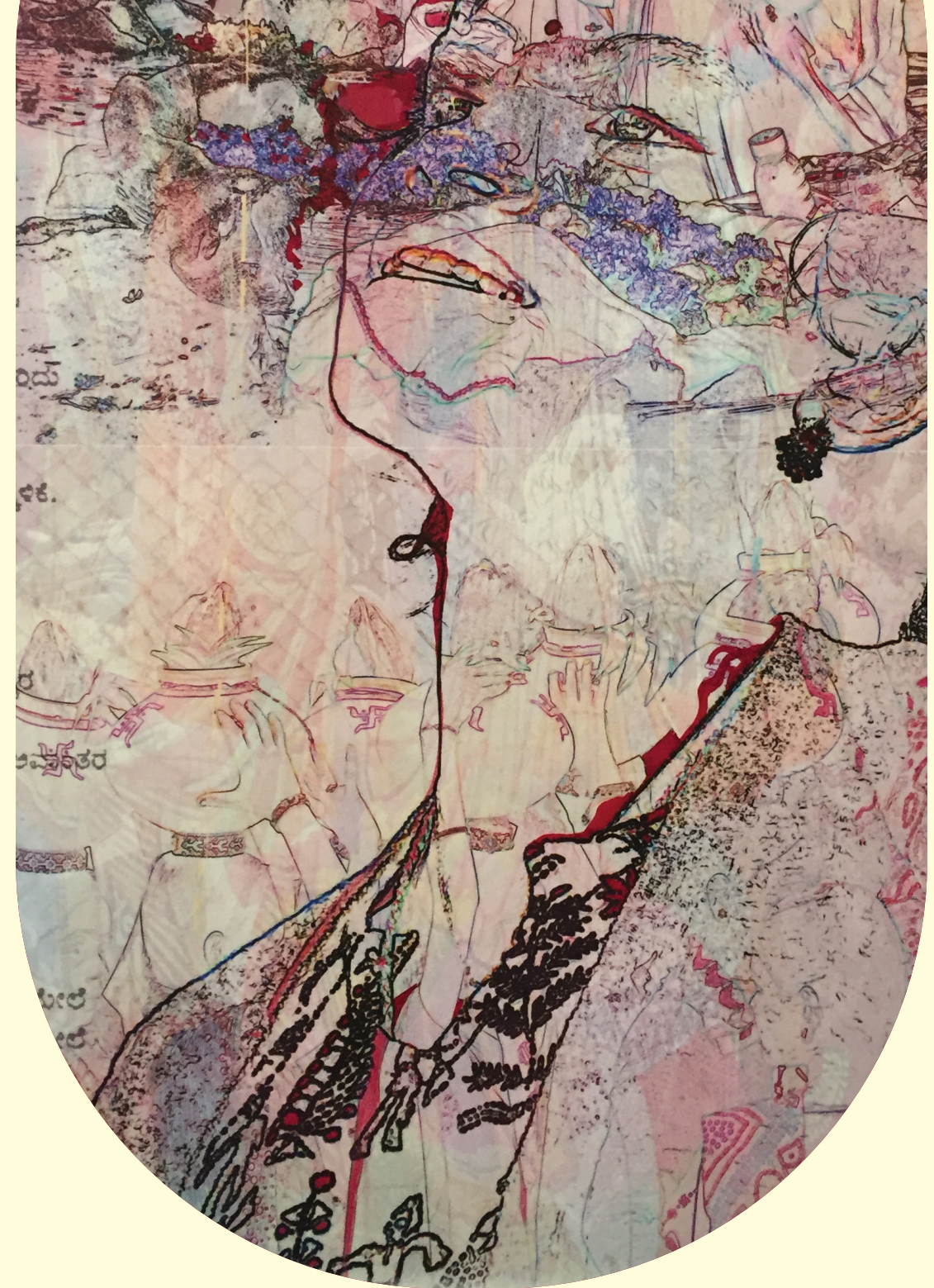
La espera fue como una menta muy dulce
Como un aroma que desliza por el cuerpo

Hasta que llegó la sangre
El frío resbalando entre mis piernas

Hasta que llegó hacia mí la sangre
Y no te pude yo encontrar.

Mi corazón

Mi corazón se puebla de semillas
De color granate.
Tal vez mi corazón se llena de granate y granadas
Está vivo entre los sollozos
Vivo entre los deleites.
El corazón sangrante
Ama de tanta tanta vida.





*Esther
Andradi*

Rutas de la sangre¹

Aquí mi ombligo

aquí mi ombligo
cráter del tamaño de un dedal
a una palma del pubis
que revela mi caída,
la de la lombriz que fui,
el huevo de la gallina,
no habrá ninguno igual no habrá ninguno,
tango dixit,
y sin embargo esa porfiada molecular pelusa que convoca,
cotillea el secreto del origen,
cordón de zapatos,
la vieja que me tejó al mundo
con el ADN del Uno,
de donde dizque provenimos
y del que en tanto vengo zafando,
pero borrar la huella,
ni modo

Tránsito

me parto en pedacitos
me astillo
me disuelvo
en las venas

cómo volverme a armar
en el delirio
el espanto
el desasosiego
de este viaje interminable
a través de los siglos.

¹ La puntuación y el uso de letras minúsculas y mayúsculas corresponden a la preferencia de la autora.

Pero qué

pero qué es esto que se desgarrar aquí, este dolor inmenso que te quema el vientre, este cuchillo que te parte en dos, que sigue hincando y cortando y volviendo a trozar lo llagado, son las huestes del Patriarca Cirilo, los fanáticos enardecidos quemando la biblioteca, arrojándote al piso, arrancándote la ropa, Hipatia, pateándote, refregando afilados moluscos una y otra vez contra tu piel, tu bellísima piel, Hipatia, la costa dálmata devastada, Antígona violada en Sarajevo, Sor Juana lamiendo las heridas de las monjas enfermas, entregándose a la muerte, hasta que el grito, el infinito grito de las Madres te llama, te salva, te recupera, el grito que lo inunda todo, te devuelve a tu sitio con el vientre desgarrado, la boca llena de sal, la sal del mar, el mar de sabor a mí, tu abuela, tu tatarabuela, tu madre, todas las Madres envolviéndote con sus pañuelos blancos, llevándote en andas por la Plaza, balanceándote de un lado a otro, te recogen, te derrumbas y vuelven a levantarte, el grito, el grito, alguien remoja tus labios reseca, el peso específico del amor te apaga por un instante la sed, y vuelves, vuelves despierta con el cuchillo en el vientre, aquí estás, aquí estamos, y apenas oyes al cirujano, porque ya estás de este lado conmigo que acabas de abrir los ojos a la vida, para mirarme como nunca antes has mirado a nadie y yo recíproca y viceversa.

Me enterraron

me enterraron en piedra y me convertí en diamante
me violaron en la guerra y en la paz cerré mis piernas
como en todo en la miseria de trotar bajo el olivo
de relegar mi delirio y cruzar por los destinos

parí el mundo miles de veces y lo volví a reparar
sangré por la herida y me taparon los labios
pero mi furia retorna intacta
para aplastar tu mundo conquistado.

Medea I

escribo lo que me dicta la madre
más grande la especie
la maligna
la bruja
la tendida
la loca
la puta y reputa
delirante en su pantalla
la bella la más tierna la más dulce la más negra
la púrpura la rubia la amarilla
si el tiempo es como un sondeo
no me tientes ni escarmientes
que en mi regazo de lino
volverá a morir tu niño.

Medea II

volveré para matar al hijo de tu vida
a degollarlo y tragarlo
a apretar el cráneo hasta hundirlo
envueltos los dedos las manos
las garras entre tu sangre y cerebro
entonces verás parir mi monstruo
desde mis entrañas temblarás
y nunca jamás volverás
a quemar a mis hermanas.

Medea III

te vi con la toga oscura te vi detrás de la túnica

te perseguí en las montañas
en los cerros y en los bosques
en el templo y en la cama

señor terrible
señor de los dolores

no volverás a ver
ni a sentir
ni a vivir
ni a soñar
conmigo
la tierra devoró tu cuerpo tu sangre tu toga y tu cerebro
la tierra te aniquiló, señor,
con su infinito deseo
te pulverizó señor,
no volverás.

La Iliaca III

Cuando me fui, dije NO y morí un poco.
cuando volví dije SÍ y seguí muriendo
cuando parí fue la luz.
cuando crié tuve que decir NO a tantas cosas
y sin embargo escribía un SÍ todas las horas.
Me enfermé, me quebré, lloré mil veces y grité otras tantas,
hui despavorida por los campos,
sangré el dolor de los muertos
y las lágrimas de los sobrevivientes.
Me quemé, me equivoqué, blasfemé, mentí, engañé, rompí,
maté de mí aquello que era joven,
herí de muerte la niña de mis ojos,
tomé del árbol el licor del oro
y dejé la manzana pudriéndose en el suelo.
Escapé, corrí, hui,
me refugié mil veces en los roperos,
detrás de las puertas,
en cuclillas
en el hueco oscuro rogando que la luz no me delatara,
Sentí mil veces el puñal, la ira,
la condena castigando mi desacato
pero no morí
sigo cantando.

De terror

si por las noches ella no duerme
 me pregunta dónde cuándo cómo
 que no puede ser posible
 late su corazón
 esperanzado en un no,
 pero al fin
 ella y yo sabemos que en algún lugar sucedió
 aquello de lo que no se habla en su escuela ni en la calle ni en la tele
 la razón por la que su madre
 llegó hasta aquí
 como una liebre asustada
 aunque hace años ya no se oye el estampido del cazador
 sin embargo de vez en cuando
 un perro ladra,
 se oyen gritos
 caen cuerpos del cielo

pero en la escuela de mi hija no se ocupan de estos detalles
 en este país y este idioma que no es el mío
 adonde he llegado corriendo la liebre
 la que se acurruca en este recodo
 de un mapa
 prestado

tampoco en la calle ni en los diarios
 ni una marcha pequeña
 ni una flor
 ese día no existe en el calendario
 de este país que no es mío

entonces imagino
 un horizonte de luz
 la pampa dibujándose en rosados y violetas
 y el árbol frente a mí
 borrando el paisaje
 me subo a su copa
 me arañan sus ramas me raspo las rodillas
 desde aquí arriba
 lamiendo mis heridas
 pasan frente a mis ojos
 aquellas que tenían veinte cuando se las llevaron
 y otros tantos que partieron
 mientras sale el sol.

Mi madre

mi madre es delgada,
 sus caderas se parecen a las mías,
 no sé cuándo ni cómo pero sé que
 en otro momento me he visto/mirado a mí misma,
 como la miro
 ahora
 a ella aquí, sobre la cama
 fuera de mí
 y yo miro esa pelvis,
 sus caderas,
 su menudo cuerpo,
 su piel blanca y suave,
 ya sé, tengo que cambiarla, lavarla, asearla,
 no es nada lindo ni tengo tiempo para perder ni perderme en ensoñaciones,
 ella me apura,
 que hace frío,
 y vos con una sola mano,
 peor que yo, con una sola pierna,
 ella me exige, como cuando yo era pequeña,
 pequeñita,
 del tamaño de un puño,
 de la palma de su mano,
 la que huesuda, me apura.
 no puedo detenerme en pequeñeces,
 pero ahora,
 a quince mil kilómetros de distancia,
 con la memoria fresca de esa pelvis
 donde una vez estuve
 como habrá hecho su ansiedad
 con tanta urgencia,
 cómo habré hecho para aferrarme
 a ese bote sin hundirme
 para siempre
 cómo habré hecho
 digo pienso siento escribo
 con la memoria ahora
 en la palma de mi mano.



*Lilianet
Brintrup
Hertling*

Ella la sangre

Lidiar con una sangre que ha olvidado su sangre.

Lo sé, la sangre no es una idea, eso es lo bueno de ella.

La sangre es femenina, lo afirmo, pero no estoy muy segura de sus nombres.

Es curioso que no bauticemos con sangre a ningún recién nacido y creo que esto debiera preocuparnos.

Cada vez que la vemos la limpiamos como se limpia una mesa o un suelo encerado.

Y aunque la sangre nos da la vida, no queremos encontrárnosla en una calle cualquiera.

Se mueve, serpentea y si se detiene, se cuaja y alguien la devora en transubstanciación sanguinolenta que destila duro metal de conciencia perdida: no late, no pulsa, no siente.

Misterio sanguíneo

¿Qué hay de bueno que la sangre fluya?

¿Cuál es la diferencia entre una sangre que corre y una sangre que mancha un suelo o una cama o un cuerpo?

¿En qué partes de la sangre están la vida y la muerte?

¿Debería ella tener espíritu, uno bueno y uno malo?

¿Qué hemos hecho con ella?

¿Qué le hemos hecho?

¿Qué le ha pasado?

¿Ha desaparecido en una máquina o en un robot?

¿De qué podría ser responsable la sangre?

¿De crear qué? Tal vez un poema épico de sangre.

¿Podría alguien suicidarse en un mar de sangre?

¿Qué podríamos encontrar al hacer el mapa geográfico de la sangre?

¿Tal vez fosas, cuerpos rotos y heridos?

¿Comidas, algún culto?

¿Un parto, monstruos menstruantes, tortura en la muerte?

No vamos a denunciar a nadie por las respuestas a estas interrogantes.

No protestaremos ni en la calle, ni por escrito.

Me hierve la sangre

Me gustan las perlas, el terciopelo, la muselina, los encajes, la sarga y el raso,
también esas gotitas de sangre del corazón que he llorado por amor.
Nada de esto dije al estirar la mano al dueño de mi vida y de mi sangre.
Dije, al plantar papas del invierno anterior, que la política era buena, aunque sangrienta,
que soy aseada y que limpio con cuidado toda sangre que de mí sale,
que las labores del hogar me encantan
y en esto no mentí.

Nunca llegué al tema de las muselinas transparentes ni al de los encajes y las perlas,
nunca llegué al sueño ni a la verdad de tener un esposo que supo acurrucar mi sangre en las
venas como los palomos del verano.
No, nunca llegué.

Dije que el criterio filosófico educacional al descuido, no sirve, que tener muchos hijos
es asunto de la demografía, que las proporciones corporales, literarias y matemáticas eran
cuestiones del desecho honesto que hace hervir la sangre cabal, pero nunca llegué a lo de las
muselinas, ni a los encajes ni a las perlas.

Dije que algunas credenciales pueden llevarnos lejos y que no es lo mismo una en psicología
femenina que otra en pelar y picar cebollas o recolectar papas, porque es ahí cuando me
hierve la sangre.

Soberbio fue mi esfuerzo, pero no llegué a lo de las muselinas, ni a lo de los encajes, ni
mucho menos a lo de las perlas.

Dije que toda la suerte de la sangre de una mujer depende de un cepillo de dientes o de
cabello, también, del alboroto de las golondrinas que se alojan entre los pliegues de toda alma
femenina que se pavonea de no guardar rencores.

Dije que las cosas nunca pueden estar en su sitio, porque las alternativas de la sangre que
sangra por las piernas de una mujer, son innúmeras y tormentosas. Pero no llegué a lo de las
muselinas de rosados opacos, aunque cálidamente rojas, como lo mejor de mis palabras.

Como mujer que sangra y que huele la sangre desde lejos, hablo por fin a cielo abierto,
lanzada más allá de lo luminoso y del polvo de la estratósfera, porque entre los anillos
que rodean al sol, ahí-ahí se habrá ido toda mi sangre pletórica de mis palabras nacidas de
muselinas sangrientas y de encajes sanguinolentos.

Lo que la gente dice en tribuna pública

Hubo sangramiento en el coche
Se vio un ferrocarril a sangre y fuego
Se le aconchó a ésa la sangre
y vamos a aguar su sangre,
porque aguarle la sangre a alguien es bueno.

Asistimos a tu baño de sangre
y a ella se le calentó la sangre.
Es de sangre caliente, se me dijo
y esto me quema a mí la sangre.

Entró coloreando en sangre y exclamó:
¡Comed la sangre como quien prepara y come ñachi!
¡No creáis en la mancha de sangre en la que estoy parada!
Sólo vio cuán grande era el derrame y bajó enseguida la voz.
Nos hacemos mala sangre por poco.

Huela la sangre ver derretir el Ártico
Irse en sangre no fue lo mismo que irse en barco
Y por eso aquí estamos, heladas y paralizadas.
Mi sangre respira por la herida del Ártico, resuella por la herida, aún.

La sangre tira se dice, pero
ser ligera de sangre
ser de sangre liviana
y liviana de sangre
no hace que la sangre llegue al río
ni te devuelva al país de la sangre que te tira.
Ser pesada de sangre descompone la sangre
Y sólo así llego a ser de raíz, una sangre pesada.

Sublevar la sangre
es tener sangre en el ojo
al preparar e ingerir un sangricán de pobreza
por más que te tire la sangre a tu raíz hispana o a lo que sea.
Es de lo que hoy habla la gente.

Recurra usted a la ciencia

Recurra usted a la ciencia señorita, me dijo un buen día muy temprano un señor muy amable, justo y riguroso en el pensar. ¿Será verdad? Pensaba yo. Sí, sí, debe ser. La ciencia me gusta, me sostiene, es sólida como las piedras y rocas, me da sabores precisos, información exacta e incuestionable, nada anda por las ramas, ni nadie se va por ellas.

¡Qué belleza! Sin dios y sin amor, sin amigos, sin dinero, sin salud, sin justicia, pero con conciencia y ciencia.

¿Y la sangre? ¿Qué pasó con la sangre?

Me escurro hacia una nave espacial y desde allí observo cómo pasa la gente y presiento que somos exactos en sangre. Observo que quiero que me expliquen por qué yo vine a meterme en la cápsula de una nave espacial carente de sangre, porque la verdad-verdad yo solo quiero irme a la cocina de mi casa, lavar esos platos algo olvidados, raspar la sangre de alguna olla, poner las cosas en su lugar; insistir en pasarle aceite a las maderas de los muebles algo oxidados y salpicados con minúsculas gotas de sangre esparcidas por el amor y echar a golpetazos-de-paño alguna mosca venenosa infiltrada y quedarme ahí sin saber a ciencia cierta por qué me gusta eso, por qué ese regreso se vuelve tan amable y el futuro deviene tan ingrato antes de vivirlo.

La ciencia no responde.

Recurro entonces a mi inteligencia: salgo de la cocina y me desplazo a mi dormitorio derecho a la cama enorme, cara, con colores pasteles crema y rosa de bordes brillantes, de altos cojines, de abundantes almohadas, de sábanas albas, de edredón de plumas de noventa gansos; ahí me meto y me entrometo en el terror de que mi sangre me abandone, que se deshaga entre mis manos y se deslice a borbotones a través de las mil plumas del edredón. Esto era todo lo que tenía que hacer. La ciencia podía esperar.

Pero lentamente la inquietud de la inseguridad vuelve y toca mi sangre que no veo, pero que sé que está ahí dándole vueltas a mi cuerpo y a mi alma. Algo se revuelve en mi estómago que me obliga a salir de la cama y vagar durante las horas de la noche por la casa grande que habito y que cruje como mi sangre cada vez que tu nombre escrito tropieza conmigo. Letra y sangre en sólida y dolorosa unión corren por doquier.

No somos nada, no es nada, me diría la ciencia. Pero yo sé que miente, porque la noche anterior de ese buen día muy temprano en la mañana en que un señor amable, justo y riguroso en el pensar me dijo que recurriera a la ciencia, llovió tanta agua de sangre, que lloré. Ni la lluvia ni el llanto pararon fácilmente; el sonido de ambas fue una cascada en el suelo, que fue charco, laguna, lago. Nada podía contenerse, el diluvio era inevitable, con ciencia o sin ella, la sangre y la letra corrían y correrían.

Circulación sanguínea

Hoy me pongo a escribir lo que hace tiempo quiero leer.

Escribo como se eligen las cosas, las flores, las interjecciones, los libros que se apilan, el guion ejercitado, la tristeza de los fideos cocidos en un plato, un ángel con una vela, una puerta cerrada tras de mí. Escribo con determinación de lo que no se sabe qué es.

El alma y la sangre ¿dónde ponerlas antes de empezar a escribir?

Habrà un ángel por ahí que me empuje, que me corte las alas y las venas y me lleve a un balcón para ver las flores del jardín para retocar mi ánimo pálido y mi cuerpo tibio de sangre azul, allí en el bosque donde fui reina una vez en ese recuerdo que circula como verdosa pátina añosa y mañosa en el lado perverso e impoluto de mi sangre.

Migración de la sangre

La luna muestra que no vale la pena emigrar en condiciones tales, porque el viaje de la sangre emigra hacia la muerte.

¿Por qué tengo que cambiar cuando los tiempos cambian?

Mi sangre es la misma

La especie humana sigue derramando sangre por doquier.

La capitanía de las sangres de la frontera

regulará la forma de la muralla que la gangrena.

Una muralla de coágulos de sangre vale su peso en oro.

Por eso está ahí levantándose cada día más alta,

más dura, más enhiesta.

La muralla es inversión muerta anidada en sarcófagos.

¡Mirad sino hacia los muros de las fronteras del mundo y veréis esa sangre que queda colgando de los garfios de toda frontera!

Por eso, frontera y deportación son las dos caras de la misma moneda que va en viaje vertical de vida a muerte.

La sangre de los garfios no puede ser la reserva espiritual de nadie ni de nada

Un cuerpo puede ser una muralla roja de coágulos.

Alimento de sangre emigrante y patriota estancada y establecida.

La guerra a muerte de las sangres en la frontera

ha sido nominada y proclamada Legión del Infierno.

Pero cuando la sangre viene en camino

y alguna brecha se abre,

el corazón en rojo, palpita.

Río de sangre

Noagas que vuelva a contar

la historia como si no fuera

de aquella época sanguinolenta, no.

Ahora te puedes marchar

por el sendero rojo de una vena

y yacer tranquilamente ahí.

Me he acostumbrado a vivir fuera y fuera de mí

y mejor fuera que me fuera.

Sin embargo, la soberana revolución

habría que haberla visto debatirse

entre herencias históricas al rojo vivo de la sangre

y la suave palidez de las aguas de los ríos.

No puedo abrir la llave de la historia

y dejar que corra la sangre

como corre el agua una primera vez.

La sabia es poca y delirante.

Me pondré entre paréntesis

hasta que el río me cubra

con su marcha y charco de sangre.

Sangre canalizada,

manipulada y envenenada

es el río que nos viene a visitar.

Sangre de poca monta

Hubo una vez un Conde que decidió en medio de debates sanguíneos volverse sanguinario y sanguinolento, ése fue el Conde Vlad Tepesh Drácula. Su crueldad fue no ver, no oler, ni sentir su propia sangre que corría por los vórtices de las puertas y resquicios de las ventanas de su castillo en un condado amplio y verde arrasado por fuertes vientos sin fronteras. Su lucha ciega inyectada de sangre fue de exitoso y empapado dolor territorial.

Conde, hoy vengo a visitarte aquí a tu rincón de espesa niebla en pleno corazón de la Transilvania. Vengo en verano, porque la sangre bajo la nieve me da escalofríos.

Me recibiste bien. Vestido de rojo, negro y dorado, me tendiste la mano en medio del abismo de horror creado por ti. Bebimos dos copas de vino rojo; nuestros ojos se iluminaron y tres rosas rojas llegaron a mis manos a cambio de mi sangre. En silencio buscamos nuestros labios y ahí nos quedamos, oscilando en la algarabía de la sangre que ya manchaba sillones y alfombras. Paz enorme fue subir escaleras para llegar al soberbio espacio de tu gracia. Un pájaro de altanería volaba sobre nuestras cabezas juntas e inseparables. Te observé en silencio: ¡cuánto dolor percibí, cuán enorme era tu deseo de haber podido pulsar un celular, de hacer una llamada telefónica, de haber tenido un robot que te hubiera podido contener; cuánto dolor por no haber podido salir conmigo a tomar el sol y escuchar música de violín!

Conde, escucha y mírame bien, porque fijate que si mi sangre hubiera sido transparente hasta dejarte ver su fondo, habrías caído en el horror del vacío y me habrías creído espía y extranjera; pero no, yo solo era anémica por lo que mi sangre no llegaba a todas las partes de mi cuerpo; aunque tampoco iba a ser para ti un trozo de carne sanguinolenta.

Separada mi cabeza de la tuya retrocedí con el alma quebrada, guardándome en mi capa el puñal que esta noche yo clavaría en mi corazón; pero al intentar hacerlo ya en plena oscuridad nocturna, un río de perlas rojas rodó hasta mis pies y mi celular sonó, era el Conde, avisándome que me esperaba en el hotel para cenar y beber vino rojo hasta el fin; las dos copas de ambrosía bebidas no lo habían saciado; mi vejez no lo asustaba; me otorgaba su inmortalidad. ¿Llegaría alguna vez la sangre al río? Mucho después, supimos que nuestras sangres que habían llegado al río se habían fugado juntas, sin huestes, hacia otros ríos abiertos e infinitos de la Transilvania. Habíamos tocado lo eterno e inmutable, eso que aún no ha sido descubierto.

Conde, en esa pesadilla familiar tuya de soledad, horror y magnificencia gestaste tu sueño de alcanzar la inmortalidad. Al entender esto, dejé de ser tu enemiga y fui tu hermana, después tu amante y mucho después fui tu iglesia, tu castillo, tu villa, tu bosque, tus osos, tu historia, tu novela, tu poesía, tu amor. Puesto que hoy he venido a visitarte desde tan lejos, ejerzo mi poder sobre tu frágil cuerpo que lucha feroz por la inmortalidad.

En esta tarde hay un sabor en mi boca que no es de sangre, sino de lánguida soledad y de tristeza honda. Tú supiste cómo se movía toda sangre y viste claro a quiénes ensuciaban tu ambrosía. Muy cerca a tu oído, te conté que cuando como, bebo y estoy satisfecha, pienso en mi sangre que me enfría; te conté que en mis pies veloces, la sangre no corre por ellos, porque mi mortal corazón no la impulsa hasta ahí. Te conté que la fetidez y la oscuridad de este néctar de nuestro milenio que no reverencio, me aterra. Es sangre de poca monta, me dijiste. Pusimos entonces nuestra sensibilidad al servicio de nuestras sangres. Te confesé que por este instante único yo había devorado miles de millas náuticas para llegar hasta ti y a tu castillo, aunque ambos ya se habían bebido toda la sangre de los pozos y lagos del lugar. Conde, te dejo ido en sangre, en coágulo y en cuajo, porque al fin veo que has estado no solo en el amor, sino en la tortura y en el crimen.

Líquido rojo

El líquido rojo que suspende las células que amo me rodean de eritrocitos-glóbulos rojos, de leucocitos-glóbulos blancos y de plaquetas-trombocitos.

Lo amo, porque sostiene mi vida.

Lo amo, porque circula, como yo, por el corazón, las arterias, los capilares, el cerebro de alguien, y por el resto del cuerpo de alguien más.

Lo amo porque me nutre y me desliza esas cosas llamadas electrolitos, porque me da hormonas, vitaminas, me insinúa anticuerpos y me obsequia calor y oxígeno.

¡Tanto dado por este líquido rojo!

Lo amo, porque me llena de células inmunológicas que atacan a las infecciones que me tira este mundo.

Lo amo, porque me limpia de mis desperdicios y de mi dióxido de carbono depositado en mis oídos.

Amo todo este plasma que queda plasmado en mis ojos y en mi memoria: linfocitos, monocitos, eosinófilos, basófilos, neutrófilos y ¡bum! ¡las plaquetas!

Escarbo y escarbo y allí me lo encuentro, echado en mi médula ósea que duerme siestas de vez en cuando y me arrulla en su vértigo delicuescente que corre hasta agotarme y que me empuja hacia un precipicio infinito.





*Carolina
Depetris*

Aspen

¿Qué perro no es símil de otro perro?
¿Qué distancia no distancia a un pájaro de un pájaro,
y qué dolor de un dolor?
En cualquier rincón
iguales
unidos por el flujo sanguíneo de un todo en todo

Aspen, aspen
en las montañas fundidos
nudos entre nudos
sangre debajo de la sangre
en laderas
en valles de hermandad vegetal
en uno

Si nosotros fuimos así
y fuimos perro, pájaro, dolor y aspen
y fuimos cuenco y río
de savia
de sangre
y de todo prístino líquido
¿qué coágulo nos separó,
qué hachazo,
qué vergüenza,
qué pulcritud?

Heroína

Del monstruo nace la matriz
de su sangre,
vida

Y la historia será regocijo
Y la historia será himno
música
épica
de una traición que la hizo hermosa
que le donó las armas de los héroes
que le ofrendó el espejo de sí
la piel de sí
la voz de sí.

Flamboyán

Escucho el motor de la sierra
tremendo
imponente
brutal

He decidido matarte

Y ahora
que siento caer tus pesadas ramas en pedazos
que la sangre verde brota astillada de tu tronco
que tu majestuosa dignidad se desmorona en hachazos
tengo ganas de llorar.

Parto

¿Por qué estúpida ironía
nace muerto un ser?
¿Por qué el vientre cobijó
la casi imposible difracción de células
en sangre
en huesos
en músculos
en contornos
para yacer expulsado en babas de placenta
y estar inmóvil en medio de otras vidas?

Migración

Aquelarre en círculos de sangre y tierra
convoco aquí
a la distancia
a todos mis ancestros.

He cruzado al cruzar
las líneas nacionales
y en el pasaje de lenguas,
de sabores,
me reconozco en mis acentos:
llevo invariable la sangre conmigo
y soy con ella
la traficante más temida.

Soy todo lo que no son
del otro lado del muro.

Hogar

Miro el nogal, las higueras, el ciprés,
veo pasar el cielo,
alguna vez esta vida será vida
y yo no estaré en ella.

El banco al pie del farol
el horno de leña
la gramilla verde
la pileta amplia

Abandonaré mis sitios cotidianos
mis rincones conocidos
abandonaré esto y más,
lo que es mío,
y buscaré seguir en la memoria.

Todo
mis padres, mi casa, los perros,
todo será en mi sangre
una rutina neurológica,
será todo un día lo que he sido
un simple capricho químico.

La musa

No es el cielo
la clave del poema
ni la piel
la poesía de la letra

Es
el
hígado

Y allí donde los intestinos procesan alimento
donde toda ingesta se hace quimo
en el incierto lugar de metros de intestino
y en el colon irritable
allí donde manjar y mierda se convidan
en el bajo vientre
intranquilo
allí
entre líquidos
carnes blandas
cavernas endoscópicas
sangres
babas
allí
allí
está
la
musa.

Amistad

No hay, amiga,
en todo el universo alucinado
una ley
que explique
con razones mánticas, místicas, cerebrales
nuestra unión

Sabemos que toda una línea de sangre europea nos llevó
a nacer
cerca

Luego,
que nos buscáramos
nos alejáramos
nos encontráramos
nos habláramos
cuidáramos
pensáramos
entendiéramos
quisiéramos
riéramos
es misterio.

Ruleta rusa

Pasará pasará
pero el último se quedará
atrapado solo en medio del abrazo
de la infancia cruel

Y los otros
lobo feroz
mancha congelada
los felices
se alejan

Salvación o condena
ya lo dijo dios
lo reiteran los niños
la ruleta rusa
la química sanguínea
y la infidelidad.

Corte

Sangra
gota a gota
la estela queda desde el tajo
delatora

Allí
en la torre blanca
dos pájaros
miden su distancia

Gotea detrás del vidrio
se arrastra
busca gazas, algodones, vendas
busca yodos, alcoholes, aguas
dispersa aceites, aromas, colonias
que disfracen el ácido olor
del rastro

Y no

Nada distrae la succulenta carroña de la herida
nada disipa la promesa de un banquete
escucha afilar los picos, las garras
escucha la sed que su sangre despierta
el deseo que planea en círculos
su agonía.



*Gladys
Flarregui*

Canción después

*¿Qué escrituras reconoceremos como nuestras cuando
releamos un libro escrito por nuestras propias manos?*
Nicolás Rosa

De los exilios, de la hoja ocre incrustada en el cuaderno, de la velocidad con que el tiempo pasó sin darnos cuenta, de espacios cerrados sobre la habitación interna del corazón a gritos y con gestos como un tren que pasa saludando el patio, las ventanas, las casas que habitamos, sobre otros veranos, sin el vértigo azul que da la nieve, sin la alta cifra de la soledad que se queda colgada en los guantes, en los echarpes tejidos por una máquina industrial, sin manos de mamá, sin espejos de lagos donde rinocerontes levantaban los ojos, sin África donde una vez sentí hasta el final de mis costillas, sin decirte la palabra "mundo" que es una palabra contaminada de sangre de animales en extinción como nosotros que pasamos la página de ese momento de la primavera, que ahogaba como el polvo levantado por tantas caricias de viento, en aquella tarde, donde corría sobre mis piernas no el orín, sino la tinta de mi sangre, de cada poema que anduve, de cada paso que di estremecida por escuchar los vocabularios de mi corazón, el alfabeto de mis dedos en las cortezas de esos viejos árboles.

Migrantes

*Hubo un tiempo en el cual el viajero golpeado por
el destino, el náufrago aferrado a los restos de su
embarcación suscitaba piedad, curiosidad, casi un estreme-
cimiento erótico. Formaba parte de los huéspedes, que a su
vez eran sagrados y estaban protegidos por los dioses.*
Luigi Zoja

Lo comprenderá el que atraviesa graves regiones del adiós,
el que sale de la última mirada hacia el océano de la cortina
de encaje de una casa, el que ya no tiene letras para un abecedario.

Sobre sitios de viento y con manos rojas por el frío, la sangre sube
en una incontinencia de sentidos, porque hasta el menor plato
en la casa tiene un lugar en el recuerdo, en el cofre donde hay un
broche de ayeres para colgar a un saco viejo.

Lo comprenderá el que ha encendido una lámpara
en la oscuridad para escuchar su propio corazón,
el que lee el libro de lobos marinos, de ostras azules,
de anteojos flotando hacia la costa en los días de la embarcación.

Lo comprenderá el que ha venido a leer sin vendas
sus propias palabras. *Lo comprenderá.*

Desterrada

A Nadia Murad y a todas las niñas y mujeres desterradas en el mundo.

Te prometo esta muerte cada día
un puñado de estrellas como sal gruesa y dura que
cae sobre tus hombros llorando desde el cielo.
Te prometo una lluvia de equivocados dioses,
la tormenta agitada que levanta los trapos,
y ese juego de lágrimas abrochado a los ojos
hasta que te acostumbres a ver ciega la
evacuación de todo lo que no será tuyo.
Te prometo un trasplante de corazón y calles,
las canciones de niños en la cuna, dormidas para
siempre entre las ruinas, el preciso dolor
a la precisa hora de tocarte las manos y
saber que no hay harina para el pan, cuchara para
el plato, hebilla para el pelo, caricia para el hondo
mirar hacia la nada.

Te prometo que cada vez que se levanten los políticos
y los oradores de turno, irán con sus sagradas escrituras
a lamentar tu muerte cada día, y será todo papel,
simbología, lagartos debajo de la mesa, nadie que haya
tocado esas regiones de fuego y de salitre,
nadie que haya bebido el agua sucia.

Te prometo millones de periódicos al despertar
hablando de tu noche, de la insondable noche planetaria
donde lloran los viejos apretados a niños, y donde
las mujeres agotadas y solas se quisieran morir con
sus arrugas, con sus estrías agrias, con el pecho colgando de
dolor verde o índigo.

Y por esa promesa del tiempo, del espacio, del egoísmo
abierto como una puerta loca de imágenes de
sordos, mudos, ciegos, de cojos caminando en una calle
por las promesas rotas de leche, seguridad y techo,
inauguro una luz en la palabra, la toco, la presiento y
te la entrego como una gasa dulce para cubrirte el pelo.

Traigo los candelabros de la aurora para contarte un sueño
cuelgo tus viejas fotos con las mías para contar la vida,
pienso el fuego tenaz de cada paso tuyo y te compro
zapatos con dos hilos de viento. Hago como si estuvieras
muy cerca en este verso y te traigo una silla. Te quito los
sangrientos lugares asesinos, te quito la ceniza de paredes
perforadas de odio, te quito la agonía del sol que
no verás entrar en esa casa tuya, traigo hierbas fragantes
y te cocino algo que huela como a hogar sobre la
dos ventanas voladas de ese cráneo.

Aquí me tienes, soy tan humana como tú. Mírame
las manos. En esta piel de manos hay lugares de amor
y desamor, y hay un destierro, y ampollas de caminar a
oscuras como casi todo ser vivo alguna tarde.

Con la letra A
ahora
con la letra B
brillo de agua te tocará la frente
con la letra C
caminarás sobre una nube pálida
con la letra D
desnuda de tu edad verás el horizonte
con la letra E
encontrarás esos relojes rotos de la tienda.

Y con la letra Z, pondrás cuatro estrellas al centro
de un pañuelo que abrochado a tu cuello bendiga
ese camino que te espera infinito e inquieto.

Vas por el mundo porque llegaste al mundo,
vuela en el mundo, con tus sandalias cruje, con tu
esperanza vuela, te pido por favor,
con tu *esperanza* vuela.

Hacia rojos profundos

En un momento del atardecer
la circulación del poema surgía no de un viaje ligero
ni un mapa fatigado, un río, una salida, ni de un espejo
roto cuando se transportaba de una casa a la otra, ni del
cuerpo de una blusa plegado en la valija, surgía el rojo
de los experimentos con el miedo que cada uno había
enfrentado al mirarse los ojos, de los objetos rotos que
al caer dibujaban la forma de la muerte, de los pedazos
de loza que al partirse daban el último adiós a las
reuniones abnegadas y dulces, a la pequeña historia
construida entre cuatro paredes.

Puede registrarse una vida con momentos
de eclipses, de sonetos, de mares de flores en las
ventanas, con pedacitos de cartas, de lápices de labios
con sorpresas tan crueles como subir de peso,
tan únicos como pensar la tarde que de súbito crece
hasta estallar con una sangre dura sus adjetivos rojos
y los espejos que van recordándonos aquellos pasos dados
hacia la página estremecida del tiempo, de la noche.

El recuerdo

*Quien tropieza
en el vacío
quien se agrieta y dice: yo
echa hojas
florece.
Así luchamos.*

Yanis Ristos

¿Te acordarás de mí?
(nubes azules) (trenes despojados) una cinta rosa de luz por
el cielo, (el aire como danzando rinocerontes o jirafas de
viento), el viento por entre las maderas desgarradas.

Me acuerdo de ti. Yo me acuerdo de ti,
crujía roja la sangre del sol entre los rieles.

Me acuerdo de ti en Sudáfrica, solo, alto, azabache con dedos
temblorosos en esa estación triste. Ya ves, me acuerdo de ti.
Y he escrito este poema (en un atardecer de invierno)
porque me dolían tus zapatos pobres.

Archivos del Sur

*Hemos dejado de contarnos historias
conmovedoras unos a otros.*

Zygmunt Bauman

La memoria, el historial de un viaje de viento entre las nubes
hasta tocar la ventana de una mujer, en el segundo párrafo
de unas líneas escritas a la ligera esa mujer y su carta
que hablaba de su cuerpo tragado por la noche.

Ella tragada por la noche en ese tiempo, viajaba con su vestido
sin hojas de ruta, en la vorágine histórica sus zapatos
se arrepentían de pisar el suelo, su cabello enredado hablaba
se constelaciones de horror, se había herido los dedos forzando
una puerta que nunca se abriría, tenía una cicatriz seca sobre la
frente de tanto golpear con voces las paredes.

Pero lo más titánico no es esta historia de sangre que recuento,
lo más impresionante es que esa cicatriz multiplicada por
miles, sigue asomada en esa carta, en esos cajones
en los archivos lentos, en la mancha de un vestido de
lunares marcados por la vida.

Hemos dejado de contarnos tantas cosas o se cuentan tan mal,
y se practica entonces esa verdad impura.

Tiempo nuestro

Tiempo nuestro que estás en los cielos, de donde bajas como
un satélite aturdido de tanto registrar mundos de sangre y
largas caravanas de gente a la intemperie, quédate por favor
a dormir en la casa con mantas y café mientras escribo
cosas que no me desgasten, palabras de formas puras
mientras desato nudos de adjetivos, arreglo la marea de los puntos
y comas, escribo con una sensación de estar despierta a
todo, pero quieta en la casa mientras la nieve llega con
su silencio blanco, y debo prender la luz para poder estar
aquí junto a los libros.

Sea bienaventurado tu camino de regreso traspasando
las nubes, y cuando te acomodes en mi cama, te duermas
por un tiempo indefinido, así yo puedo buscar el perfume
que voy a darle a un verso, o ese aro que colgaré en la
mujer que escribo. O esa esperanza que se necesita para
acallar el brillo de los vidrios que chilla como un pájaro solo,
reclamando la luz y las certezas.

Hacia la fortaleza: himno entre los árboles blancos por la nieve

Existiría una estrategia de la seducción si
cerraras los ojos junto a tu taza de café recordando
no lo que llevas perdido sino la ganancia de pasar por la
vida como esas nubes sin horario, como esos pájaros
mojados por el atardecer, como esas fuerzas de las
estrellas heladas que se provocan y parten en el cosmos,
como la incontrolada interpretación de un llanto
que puede ser de un niño, de una oveja, de una
película vieja en otra casa, y lo más importante es que
en esos procesos tu oído ha dejado filtrar miles de sonidos,
tus dedos levantando la taza mueven la sangre que
corre sobre todo el circuito del cuerpo,
y el corazón (transparente, sin anatomía)
sigue irradiando su gesto de sobreviviente, te
escucha, se estremece, es fiel a tus momentos
junto a la ventana.

Te despeje la lluvia

*Llevo en mi mundo que florece todos los
mundos que han fracasado.*
Rabindranath Tagore

Te corten los espejos y renueven,
de cada lugar del mundo donde rompen un pacto y suelta el cuerpo
un suspiro de luto y se abre como una flor una mano morada
donde corre la sangre.

Te despeje la lluvia
te ilumine, te refresque, te abrace, te contenga
te muestre los caminos con luz intermitente, limpie los
vidrios por donde la ciudad se ve tan sucia, abra los cofres de
de tus pertenencias, los lugares internos de tu aurora
y tu risa, el momento feliz de la caricia, el sueño
entre las sábanas, el calor de los brazos de los árboles
justo en la primavera.

Te despeje de todos los adioses, arme tus ramos de luz sobre
las manos, abras el frasco de fruta o de canela,
toques el pan dorado y en la taza ilumines un día que
no sea testigo de ninguna otra cosa más que de estar aquí
en esta humana vecindad, con los himnos diversos
de una vida que siente.



*Isabel
Lipthay*

Azul y blanco²

¿he de pisar con incógnitos
pies azules tu suelo?
¿he de golpear con
nudillos sangrantes
a tu puerta?
¿he de lanzar mi moribundo
aullido en medio
de la nieve
para que me dejes entrar unos
segundos en tu reino,
atisbar maravillas
de vedadas vitrinas?

me asfixio en este *container*
somos muchos
me congelo
no tengo zapatos
no tengo camisa
estoy desnudo

mírame, Europa
los labios reventados
de agotamiento
de hambre
de frío
congelado
“no me basta”
me dices sentada al fuego
detrás del vidrio doble
mirándome temblar
sin zapatos
desnudo
sobre la nieve

nada tengo
¿no te basta?
ah sí,
tu misericordia infinita

a Europa

te alcanza
para enviarme al hospital
unos días hasta que
se descongelen mis pies
y pueda permanecer de pie
para contestar tus preguntas,
y mañana me subas
dopado amarrado
a un avión
de regreso a mi pasado
sin futuro

¿en qué te has convertido
Europa?

mírame bien
¿no me reconoces?
soy el mismo que
en tus vacaciones cocina
aquellos platos deliciosos
que muestras a tus amigos
en fotos a tu regreso,
el del ajo, los sabrosos
condimentos
el pescado fresco
sirviéndotelo a orillas
de mi mar,
el que te lleva en bote
a recorrer las grutas,
el de la risa
el de la pensión sencilla
el de la artesanía barata y bella
que hacen durante siglos
los de mi aldea
¿por qué no me reconoces
si allá eres feliz
y entonces tu risa
lo inunda todo?
¿cómo puedes cambiar
así?
casi no te reconozco
en tu soberbia

² La puntuación y el uso de letras minúsculas y mayúsculas corresponden a la preferencia de la autora.

pero a qué te digo
estas cosas
si me dejarás morir
de cualquier forma,
me dejarás morir
y dirás que fue mía la culpa,
que cómo se me ocurre
desnudarme
sacarme los zapatos
en medio de la nieve
frente a tu ventana
tu sillón tu estufa
tu estética

admítelo
sí, admítelo,
rompo tu estética
con mi pobreza,
es tan blanca tu nieve
y vengo yo a ensuciarla
con mis desnudos
pies azules

sin embargo
después que me hayas
forzado al regreso,
seré yo de nuevo
quien ponga aceite
de oliva en tu ensalada
junto al queso de cabra
las aceitunas y el pescado
el próximo verano
bajo las estrellas
a orillas del mar
después que te hayas
bebido todo el sol
del mediodía

seré yo el que cambie
las sencillas sábanas
del lecho en que descanses
en medio de mi sol

de mi gente
de mi pobreza
lo que tu cámara encontrará
exótico de nuevo
y tu risa celebrará todo
y serás otra vez feliz
como siempre,
y harás como si
nunca me hubieras visto
con mis desnudos
pies azules
en tu nieve
tan blanca.

¡Se fue!

sin pena ni gloria
en helicóptero se fue
dejando tras de sí
una estela de 8 siglos
de sangre y sangre
de odio y odio
de miedo y miedo
de muerte y muerte
¡al fin se fue!

a W. Bush

La niña

¿por qué la niña?
¿por qué ESA niña?
¿por qué esa pequeña niña
lanzada de cualquier modo?
¿por qué esa pequeña niña
mirando sin ver?
¿por qué esa pequeña niña
abandonada entre pasto y piedra?
¿por qué esa pequeña niña sangrante
mirando seria hacia el infinito?
¿por qué esa pequeña niña muerta?
¿por qué todas las niñas?
¿por qué todas las guerras?

Un día partiré

un día partiré
entonces olvidaré el futuro
con sus infancias engañosas
sus tributos a la guerra
su labio de gloria

el polvo cubrirá
las carreteras
y la historia
con su sangre

silencio

(un estremecimiento
de ternura será
el último aleteo
antes del jaque mate).

Mi hermano

un día como niños
nos perdimos
en laberintos de internados

volvimos a divisarnos
entre pólvora y sangre
al otro lado
de las barricadas

las balas llovían
mi ojo en el suyo
su ojo en el mío
y la pregunta:
¿me matarías?

nos echamos a llorar
las armas en la mano

aún seguimos llorando
ya viejos y desarmados
lejos
el uno del otro
perdidos
en un laberinto de historia
los labios impedidos
de pronunciar
“hermano”
“hermana”.

La Hallada

durante muchas eternidades
busqué a mi madre perdida

finalmente la hallé
constante en su ternura
allá donde la Luna
vive al revés

desde entonces
se posa mi oído
dulcemente
sobre la almohada
y mi alma vive
serena

así como me arrulla ella
arrullo a mi hija
las tres hundiendo raíces
en este río milenario
de sangre corriendo
por abuelas, madres, hijas.

Sangre azul

la aristocracia suele ser
peligroso juego
clasista militarista
machista en su ego

hombres predestinados
transmiten la sangre azul
las mujeres transmiten la vida
sin sangre con glamour

para aquellos hombres
soy una baronesa perdida
que en la cuna
sangre azul tenía

al ver mi sangre roja
como los demás
me volví zurda
por siempre jamás

si alguien quiere mi título
le hago un certificado
a mí no me ha servido
ni para envolver pescado.

De la nada

llegas rotunda
 Mariana malicia,
 sonrisita de quien trae
 algo bajo la manga
 pero no es la manga
 es el revoltijo de células
 polvo de estrellas
 el Big Bang clandestino
 en tu vientre
 con una ínfima
 estrellita radiante
 surgida de la nada
 de dos que se aman
 del beso el beso
 el universo en el beso
 explosión de galaxias
 cordón umbilical
 comienzos del Todo
 inexplicable invisible
 inescrutable
 planetas raíces soles
 fuegos fatuos
 noches tormentas
 huracanes luces
 el verbo carne
 madurando en tu vientre
 río de sangre palpitante
 como un escudo
 ante tanta sangre derramada
 por odio por violencia
 escudo ante la muerte
 tu vientre generoso
 que grita por vida
 ni más ni menos que vida
 y nada detiene este río
 que viene de antes
 muy antes
 tu bisabuela italiana
 tus abuelos húngaros
 tu madre chilena

tu padre alemán
 tú misma alemana
 y qué son las fronteras
 los continentes
 las lenguas
 ante esta vida que viene
 que viene irresistible
 como una ola gigante
 verdad verdadera
 un amor tan inmenso
 que por un segundo
 en el universo
 callan
 pandemias y bestias
 con sus fauces y mordidas.

Tiempo de lavandas

tiempo de lavandas, trigo maduro, amapolas. la ciudad está vacía. pedaleo. las vacas se tienden a la hora de la siesta. solo el viento, un mugido, un tractor a la distancia. alguien me apura. en medio de los horrores y la sangre del mundo decido quedarme quieta, escuchando, sintiendo el sol y el viento en mi rostro, entre el pasto alto y seco. las vacas agitan colas y orejas espantando moscas y tristezas.





II. Flujo



*Sandra
Lorenzano*

Nuestra herencia o la maldita mutación

Para Emilia, por el polvo de oro
en las heridas.

Kintsugi (Japonés: carpintería de oro) o Kintsukuroi (Japonés: reparación de oro) es el arte japonés de arreglar fracturas de la cerámica con barniz de resina espolvoreado o mezclado con polvo de oro. La filosofía en que se sostiene plantea que las roturas y reparaciones forman parte de la historia de un objeto y deben mostrarse en lugar de ocultarse, poniendo de manifiesto su transformación e historia.

*

5:30 de la mañana. Abro los ojos e inmediatamente enciendo el teléfono para revisar el correo. Casi de manera automática, pero con la certeza de que no puedo estar haciendo otra cosa más que ésa, porque durante un instante —no: durante la milésima parte de un instante— estoy segura de que allí encontraré un mensaje de mi mamá. La escena podría ser la de cualquier adicto al internet. La diferencia es que mi madre murió hace diez años.

Sé que ahí, en su ausencia, está el quiebre, la fisura, lo único que de verdad existe. Dentro de mí y en el lenguaje. Soy una lengua calcinada, como quería Paul Celan, cubierta de polvo de oro.

*

Le doy vueltas a la tarjeta. Sólo el nombre ya me parece amenazante. “Operaron a Irene”, decía el mensaje de mi hermano. Mi primera reacción fue mirar la tarjeta que me dio una amiga hace pocos días. Los datos de un genetista. A veces la herencia es difícil de sobrellevar. La memoria de la sangre.

*

Leerlo, escribirlo, no sirve para exorcizar ni para conjurar. Sirve nada más para poner algunas piedras en el camino del miedo.

*

Casi no tenemos datos ni conocemos historias más allá del día en que los barcos llegaron al puerto y bajaron ellos. Hacía mucho tiempo que se habían quitado los largos abrigos negros, los sombreros y las barbas. Generaciones. Salieron de Odessa y de Minsk hacia 1910. Por eso no fueron parte de los setenta y cinco mil que vivieron encerrados en el ghetto más grande de Bielorusia. Aunque es más lógico pensar que alguien quedaría. Algunos primos o tíos. Parientes. Amigos. Nunca lo supimos. Éramos hijos, nietos y bisnietos de la modernidad. No del oscurantismo, decía mamá. Unos estaban metidos en los movimientos revolucionarios y por eso habían tenido que escapar. Los otros eran músicos. Mi bisabuelo dirigía coros y le enseñó un instrumento a cada uno de sus hijos. También a las mujeres. Aún hoy, muchos de sus descendientes se dedican a la música. Hablaban ruso. Aunque cuando mi abuela no quería que nosotros entiendiéramos lo que charlaba con su hija, lo decía en idish. En realidad, habían aprendido esa lengua en su nuevo país, a principios del siglo pasado, para poder hablar con otros judíos. Se volvió entonces el idioma de los afectos, de las complicidades.

Éramos hijos de la modernidad. Quizás fuera por eso que la memoria familiar anterior a la llegada al puerto se reducía a unas pocas anécdotas y a la mesa de Luisa, mi abuela: guefilte fish, kreplaj, borsht... Se me hace agua la boca. No había celebraciones ni rituales religiosos. Toda su vida, Luisa cantó los tangos más reos con la misma picardía y emoción —o más— que cualquier porteño. “Mi madre nos lavaba la boca con jabón si nos escuchaba diciendo esas palabrotas”, nos contaba cuando todavía recordaba. Y volvía a cantarlos a voz en cuello para diversión de sus nietos. Unas pocas anécdotas y la comida, cada tanto, en su casa. La herencia, la memoria, nos permitía ir “ligeros de equipaje”. O eso creíamos.

*

Hago ejercicio, trato de comer de manera sana, tomo sólo un par de vasos de vino a la semana y varios litros de agua al día, uso ropa interior sexy... pero ya tengo más de cincuenta años. He comenzado a ser más joven que mi cuerpo. Le sigo dando vueltas a la tarjeta del genetista. ¿Qué es lo que no quiero saber? Me pasé años tratando de construir una vida distinta a la de mi familia. Lejos. Y ahora, de pronto, tengo que averiguar cuán profundamente está presente la herencia. El color de los ojos, la densidad de los huesos, los gestos idénticos a los que hacen mis hermanos, el tono de voz, ¿la enfermedad?

*

“Operaron a Irene”, dice mi hermano en su mensaje. Y si no agrega nada más es porque no hace falta. Sabemos de qué está hablando. Irene tiene tres años más de los que tenía Luisa cuando entró al quirófano. Y casi treinta más que aquella mítica hermana de la abuela a la que la enfermedad familiar mató en pocos meses. La fotografía de la tumba la muestra tan parecida a mi madre que me provoca escalofríos. De pronto no recuerdo si en todos los cementerios hay fotos o sólo en los judíos.

*

Buscan la vena, clavan la aguja en la que se ve más fuerte, sólo unos minutos, mientras se llena el tubo de ensayo, y en un par de semanas están los resultados. Listo. ¿Qué es lo que preferiría no saber? Tengo que recuperar algo de la herencia del cuerpo que no sea ese maldito gen. Alguien me escribe: “Muchos de los judíos que decían haber nacido en ciudades lo habían hecho en aldeas. Era difícil que fueran aceptados en una ciudad rusa importante en esa época”. No sabemos con certeza la fecha de nacimiento y ahora tampoco el lugar. Qué frágil memoria trajeron los inmigrantes. O será que nadie quería saber. Puedo pedir una cita para el próximo martes y de ahí me voy a la comida que tengo, como si fuera algo con muy poca importancia. Sí, creo que eso es lo que voy a hacer. O mejor el martes de la siguiente semana. Total, he pasado tantos años sin hacerme ese análisis que no creo que las cosas cambien mucho en una semana. Hay árboles truncos. Árboles que han sido cortados para no olvidar. Así es como muchos le rinden homenaje a los suyos, a los de su sangre. La misma que llena el tubo de ensayo.

*

Podría intentar reconstruir algunas de esas historias. Los relatos truncos de los árboles familiares. ¿Quién fue la primera mujer? Antes de mi abuela y de cada una de sus hermanas, ¿quién? Antes de esa tía tan joven cuya foto me recuerda a mi madre. Antes de la otra, casi igual de joven, que habiendo sido testigo de la historia de la menor prefirió colgarse en una de las piezas del hotel que administraba la familia. Vaya regalo para los padres. ¿Qué sabrían ellos de la herencia que reaparecía no sólo en el color de los ojos o en el tono de la voz?

¿Dónde tendría que empezar el cuento de este bosque femenino? Robles de hojas rojas en otoño como el que plantamos todos juntos en un jardín que nunca más fue nuestro. O tilos tan tupidos como los que daban sombra sobre la mesita del fondo, hecha para los deberes, el café con leche y las siestas de verano. En las ramas del damasco leí completa la colección del Príncipe Valiente a los siete años porque la habíamos recibido en cajas desde la infancia de mi padre. Nadie ponía en duda que entre esos árboles jugarían los hijos de nuestros hijos. Troncos cortados para recordar cada nombre, cada gesto, cada mueca que se repite en mi rostro.

*

No hay dolor. Sólo una sombra. Algo apenas perceptible en el ultrasonido. Después vienen los médicos, los quirófanos, el corte, el miedo. No todo en ese orden. El miedo siempre. Y la cadena es larga: una más de las mujeres de la familia. La culpa es del gen. Adonai. ¿Y antes? También antes el miedo, el corte, los quirófanos, los médicos. ¿Desde cuándo? O sólo un largo rezo y ahora sí el dolor y los hijos alrededor de la cama. Hijos para salvar cada día el universo. ¿Quién podía saber cuál era realmente el elegido por el Señor? Treinta y seis justos nos salvarán. ¿Yo? ¿Tú? Huella tan ajena, tan distante, que vuelve tanto tiempo después en otro cuerpo. Sólo una sombra que quisiéramos no reconocer.

*

La memoria de la sangre. La huella en el cuerpo como uno de los capítulos de la historia. Final abierto. Aunque mis colores recuerden más el calor del sur que los hielos entre los cuales cuentan que se hundía el abuelo con sus hermanos como parte de las diversiones de la infancia. Cada tanto una llamada y la emoción, el gusto, las novedades, la despedida. Mi madre grita como si en lugar de teléfonos –inalámbricos, digitales, ligeros– intentáramos cubrir los diez mil kilómetros con dos latitas y un piolín.

Llegó al verano porteño con trece años, ropa de lana y un violoncelo. Quizás sea lo único estrictamente cierto que cuento y provoca siempre un gesto de incredulidad. Parece una escena filmada en Ellis Island para que Hollywood recuerde a sus inmigrantes. No debe haber sido fácil viajar con semejante compañía. Menos aún para un adolescente de apenas un metro sesenta. La altura de mi hermano. También entre ellos hay un torrente memorioso. Pero no el gen aquel que durante siglos ha acompañado el inacabable balanceo frente al muro. ¿Se balancean también las mujeres al rezar? El cielo está ya anaranjado frente a la ventana que miro cuando escribo. Y es agosto. Siento siempre el frío del invierno cuando empieza agosto.

*

Cada uno recibe su herencia, aún sin quererlo o sin saberlo. La mía son esas veintidós letras; veintidós consonantes en una lengua que apenas conozco y de la que no sé cómo apropiarme. Letras que construyen el sentido de las ausencias. Un nombre y otro y otro más y es sagrada la ofrenda de la sangre. Desata a tu hijo; que el sacrificio le otorgue su propio camino y una voz única. ¿Fue eso acaso lo que dios le dijo a Abraham?

*

Hablamos poco de las historias viejas. Siempre hay algo sobre lo que es mejor callar: un rastro, una huella, una sombra de mirada esquiva. Los nombres junto a cada una de las fotos. No recuerdo si también las ponen en otros cementerios. Aquí sólo mi madre no dejó su nombre. Prefirió la ceniza, el viento, el agua y el verde. A veces no sé dónde buscarla.

*

Mi abuela pensó que iba a morir antes de cumplir cincuenta y tres años. Como su propia madre. Como la madre de su madre. La memoria del cuerpo de nuestras mujeres es implacable. Despertó al día siguiente de su cumpleaños dándole gracias a un dios en el que nunca creyó. Compró pinturas, pinceles y telas y pasó el resto de su vida buscando el lado más colorido de la realidad. Murió a los noventa años.

*

Mientras le doy vueltas a la tarjeta sin animarme a hacer una cita, leo: “...los 35 mil elementos que conforman cada uno de los genes...”. Es casi nada, una leve marca en uno de los pares. ¿Par 11? ¿Par 17? Una pequeña sombra en el mapa. Como la del ultrasonido. Eso es todo. La huella de la herencia familiar: el color de los ojos, la altura, la forma de las manos, ¿la enfermedad? ¿Qué habrá pasado por la cabeza de esas dos hermanas jóvenes, una enferma y la otra enloquecida de dolor? ¿Cuál habrá sido el pacto? La suicida no pudo ser enterrada en lugar sagrado. Desata a tu hijo. Desátalo, dice Elohim (¿Quién fue el primero en escuchar “sacrifícalo”?). Deslígalo de tu historia, Abraham, para que pueda vivir la suya propia. Génesis veintidós.

*

No sé preparar ninguno de los platillos que hacía mi abuela. Sentía que era sólo su espacio, allí donde guardaba una parte de su poder. En esas mesas cálidas con varios platos sobre el mantel blanco, y unas copas tornasoladas en las que nos servía el licor de cereza que ella misma preparaba. Nunca le pedí que me enseñara. Tampoco mi madre sabía. Cortamos la cadena. Rompimos con la herencia. Ahora mi hermano me manda el recetario y yo lo guardo como si fuera un tesoro. Pero no voy a la cita. No dejo que hoy me saquen sangre. No sé si quiero una memoria más allá de los sabores. No me interesan esas veintidós letras que dejan el vacío como legado. ¿Qué pongo en esos espacios que quedan en blanco? Una palabra tras otra hasta el vértigo. Me balanceo mientras leo los poemas del olvido.

*

Tal vez valdría la pena contar las historias de aquellas mujeres con las que comparto un mapa que poco tiene que ver con ninguna geografía. No conoce mis ríos, ni los cerros de colores en los que mi hija aprendió a caminar, ni el agua que baja arrasando lo que encuentra a su paso, ni una ciudad “deshecha, gris, monstruosa” que aún no sé si me cobija. Los mapas de la memoria dibujan los brillos de la piel, la forma de las uñas, y el color que deja la sangre al secarse. Tendría que mentir. No es otro el oficio de la palabra. Largas faldas y cabellos que se ocultan. ¿Quién habrá sido la primera en asomarse al libro de rezos? Ése que era sólo para la mirada masculina. Para sus plegarias. Estuvo la pequeña Ruth, de voz sorprendentemente grave y pies regordetes. La abuela de mi abuela. Nombre de mujer engarzado a nombre de mujer. Los mapas de la memoria son implacables. Se sentaba antes de que saliera el sol frente al fuego donde ya había puesto a hervir agua a buscar las letras que no la condenaran. Las palabras que la regresaran al desierto del origen, al sonido tibio que le diera voz. Tendría que mentir. Hablo de sus ropas oscuras y de las manos enrojecidas que pasaban las hojas buscando el secreto. Larga cadena de la sangre. O quizás mamá tuviera razón: nada de shtetls. Éramos hijos de la modernidad. Salieron en 1910. Mi abuela tenía sólo seis meses. Venían de libros y conspiraciones, de bailes y versos. Un kepí quedó en el museo. Con una bala atravesada. Orgullo de la familia. Y cantaban

en ruso cuando la nostalgia llegaba húmeda de vodka. Alguien recitaba entonces un poema y ya no importaba la lengua sino los ojos vidriosos de la baba.

*Levántate y ve a la ciudad asesinada y con tus propios ojos verás, y con tus manos sentirás en las cercas y sobre los árboles y en los muros la sangre seca y los cerebros duros de los muertos...*³

*

Treinta y cinco mil elementos que hoy son riesgo. Y sólo en dos pares se encierra la amenaza. ¿Qué es lo que no quiero saber? Sí los rastros de una lengua lejana en los tangos que cantaba mi abuela. Sí las huellas que quedaban en el camino que llevaba al lago helado. Sí las velas de los viernes y alguien que, tapándose los ojos, rezaba. Sí el secreto guardado en el baúl con el que llegaron. Sí las paredes vacías hace un siglo. Par 11 y 15, ¿o 13 y 17? Y el tono de la risa que, estoy segura, explotaba cuando alguien se equivocaba en las notas. Y el miedo a decidir. A saber. ¿O ése es sólo mío?

*

Todo empezó por el mensaje de mi hermano. “Operaron a Irene”. Y es ahora mi generación la que se sangra bajo tubos fluorescentes en un quirófano, junto a los picos nevados más bellos del invierno. Qué extraño es ser heredera de esa historia apenas construida, precaria, incierta, que nos contábamos al alba para no dejar que entraran los cuentos verdaderos. Una camilla, las luces blancas, el corte. Silencio. Apenas un golpeteo metálico. Alguna voz. Había música casi todas las noches, y una lengua antigua nacida para los versos y el humor. Todos recibimos una herencia. Tengo el color de ojos de la otra tierra. Del Mediterráneo dulce. ¿Qué otras marcas de mi cuerpo han viajado a lo largo de los siglos? En alguno de los pares late suavemente una condena.

*

Intenté contar la historia. Hilar causas y efectos. Voces y sombras. Rostros y cuerpos. No se pudo. Nunca se puede porque hay una cuerda ahorcando las palabras. Y no es mi nombre, ni mi aliento, ni el desafiante hueso que sostiene mi pisada: es un nudo que corre en dirección al sur.

*

Una liga, jeringa y aguja, un tubo de ensayo. Tiene buenas venas, me dice la enfermera. Pero primero una larga explicación. Árbol genealógico. Sólo sé los nombres de mis bisabuelos. Lo demás está en el libro. No es necesario rastrear más la memoria: venimos todos del mismo desierto. Del mismo personaje desgarrado que se queda en el límite de la tierra prometida. Oh palabra, tú que me faltas. Y ahí, en el instante mismo del encuentro con el propio destino —click— ¿una mutación genética? Oh palabra. ¿Cuál fue la sílaba mal pronunciada? Qué se yo de genes, adn, herencias... apenas conozco los nombres de los bisabuelos. Una liga, jeringa y aguja... Las venas vienen en el mismo paquete heredado. Manos grandes. Iguales a las de mi madre y mi abuela. Como si hubiéramos arado la tierra, como si hubiéramos martillado sobre un yunque. No parecen de plegarias y velas, sino de vida al aire libre, de rostro enrojecido

3 Jaim Najmán Bialik, “En la ciudad asesinada”.

y leña recién cortada. Cada una con el par marcado. La línea roja atravesada sobre el mapa. Me va explicando de a poco haciendo signos sobre el escritorio. Si ésta sí, y ésta y ésta y ésta también, es necesario conocer los dibujos de tu sangre. Los vacíos en el libro son el secreto apenas pronunciado. Las veintidós letras pueden ser oscuras, como lo supo el rabino de Praga.

*

Espacio mutilado. Una lengua que dibuja la menos esperada de las despedidas. El viaje era sólo una quimera, un pretexto para llenar la maleta de objetos inútiles. Hablaste siempre un idioma extraño. Lo gutural se perdía en los abrazos como si no hubiera páginas de historia esperándote en la puerta. Nadie sospechó el hormigueo en las sienes, la palpitación en la punta de los dedos. Nadie. Nunca. Y a pesar de eso hubo domingos con café compartido, deletreo minucioso del alfabeto de tu vientre. Correr la maratón llevándote de la mano puede ser sólo un modo de burlar los recuerdos. Hay un espacio vacío. Sin piedad podríamos tatuar allí nuestras iniciales. Como marineros melancólicos. Con las flechas de un Sebastián florentino. Bet. Guimel. Dalet.

*

Pierdo fácilmente el hilo de los cuentos. Prefiero enredarlo en la sombra de cada una de las letras. Es mi manera de sembrar el trigo que se volverá pan ácimo. Celebro así los colores de mi abuela en sus pinturas. Y hago honor al tamaño de mis venas

Bautizo

Para Javier Sicilia, para lxs amigxs del Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad. Para quienes buscan a sus seres queridos.

*

*Esa palabra es el bautizo
de la última bocanada
de oxígeno.
Su poder arde
entre los tiempos y la conciencia.
Estamos aquí para encontrarla
y se pronuncie desde nuestras entrañas.
`Tomás Calvillo⁴*

Hay realidades que nos ahogan la palabra,
que la hunden en un paisaje helado,
que le rasgan las alas y el deseo,
que la dejan húmeda de mares revueltos,
Inerme, frágil,
distante, ajena.
¿Cómo se nombra entonces al pan y al vino?
¿Cómo se cuenta la zarza ardiente entre las manos?
¿Con qué arrullos se acuna al recién nacido?
Esa palabra era el bautizo/ de la última bocanada/ de oxígeno.
Sumergidos con ella, sofocados en el límite de la sangre,
manoteamos el velo líquido
intentando salvar una mirada.
¿Nos has visto avanzar enloquecidos
por las orillas quemadas de sal?
Las yemas de los dedos lisas de silencio,
las pupilas que se mueven al ritmo de los pasos
y reflejan el blanco que las huellas quiebran.
Nombres, nombres, nombres,
Gestos y plegarias:
una eternidad sin piel.
Teníamos la levedad de un atrapasueños
para juntar tantas ausencias.
¿Por qué quebraron entonces las varillas?
Nada se parece a aquello que nos prometieron.
Inerme, frágil,
distante, ajena.
¿Quién cortó la garganta de los pájaros?
Sin palabras beso la tibieza tus huesos.

4 Tomás Calvillo, “La primer y única”, citado por Javier Sicilia en Mensaje inaugural: Inicio de la Caminata por la Verdad, la Justicia y la Paz, 23 de enero de 2020 <http://www.mpjd.mx/pronunciamientos/mensaje-inaugural-inicio-de-la-caminata-por-la-verdad-la-justicia-y-la-paz/>

Manos

1.
Cada vez que pone las manos sobre el teclado de la computadora se descubre una nueva herida. Son pequeñas, algunas casi imperceptibles. De pronto se da cuenta de que tiene una gota de sangre seca en el borde de las uñas. Como si durante la noche se hubiera arrancado la piel. ¿Hace eso por las noches? ¿En sueños? ¿Será una sonámbula obsesionada con las manos?

Hace poco leyó algo de Sábado (¿en Antes del fin?) donde habla del sonambulismo que tenía en la infancia. Su madre le contaba cada mañana el episodio de la noche anterior: él se levantaba de la cama, iba al cuarto de los padres y hablaba. ¿Estás segura?, preguntaba dudoso y asustado. Quizás lo que leyó no sea exactamente así, pero esa es la historia que recuerda. Piensa que a ella nunca antes le había interesado ese tema. Tampoco está segura de que le interese ahora. Nadie le ha dicho que hable o camine cuando está dormida. Pero le preocupa ese ir arrancándose así, sin conciencia de hacerlo, y descubrir las marcas al día siguiente al apoyar las manos sobre el teclado. Tiene la certeza de que esas heridas contaminarán de alguna manera lo que escriba. Ha llegado a pensar incluso en ponerse guantes para escribir. ¿Guantes de cirujano para no perder la sensibilidad en la yema de los dedos? Un bisturí cada palabra. Y la gota de sangre. Seca.

2.
Antes de tus ojos, suave hermana, las moscas se resecan sobre la tierra. Eso es lo que dicen los cubos con los que juega a hacer poesía. Haikubes, se llaman. No le interesa hacer versos de cinco y siete sílabas, sino dejar que las palabras fluyan confiando en el azar y en el misterio de las imágenes. ¿«Suave hermana»? Le molesta el adjetivo. Sacude cuatro dados a ver si el nuevo resultado es mejor: tortura, superficie, clamor, agua. Tampoco. Se queda con la suave hermana. Combinar «resecar» con «agua» es demasiado obvio. «Tortura» es una palabra que no le gusta. Leyó alguna vez los testimonios del Nunca más. Ayer alguien le contaba que también a los migrantes centroamericanos les arrancan las uñas. Uno de ellos –apenas un adolescente– no se atreve a salir del albergue. Lleva meses encerrado ahí. Lloro en las noches. Cuando duerme. Grita. Empezó muy chico a ganarse unos pesos asesinando en su país a quien le señalaran. Dice que cuando cierra los ojos se le aparecen los rostros de esos muertos. Quiso llegar a Estados Unidos para reencontrarse con su hermano mayor. Lo detuvieron en la frontera. En la del sur. Lo torturaron. Y ahora grita por las noches.

Ella se mira los dedos y las pequeñas gotas de sangre. Otra herida en la muñeca izquierda. La tiene desde hace varias semanas. Le había parecido que ya estaba cicatrizando. Pero hoy vuelve a ser de un rojo encendido. ¿Se quitará la costra en sueños?

3.
Se extasia mirando las manos ilustradas que ha fotografiado Shirin Neshat.⁵ Historias infinitas narradas en las palmas de alguien frente a una pistola. Caligrafía exacta. Imagina un pincel que,

5 “Manos”, Shirin Neshat. Consultar sus exhibiciones y obra en línea, MOMA, Smithsonian y otras.

Migraciones de la sangre: Flujo

mojado en henna, dibuja los sueños amenazados por no sabemos qué afán de borrar a los tejedores de historias. Podrían ser también imágenes esbozadas con sutiles puntadas sobre la piel. Un camino de sangre apenas insinuado llevaría al origen del relato. Ritual de mujeres que sella así las complicidades de la memoria. Caricia, golpe, cuna, cuenco.

4

Hoy despertó con una nueva herida. En la muñeca derecha. ¿Contra qué se golpea cuando duerme? Sus manos parecen independizarse del resto del cuerpo. Recuerda la historia de un soldado cuyas manos ignoraban lo que hacía la compañera. Como si pertenecieran a dos personas diferentes. Una llevaba la comida a la boca. La otra se la arrebatava. La herida de la muñeca derecha es más profunda que las demás. La izquierda la acaricia sorprendida. Las apoya sobre el teclado: el haikú tendría que hablar de algo diferente. Ni tortura ni tierra reseca, hermana. El azar le regala «nunca», «lugares», «inventar». Ella solo percibe una imposibilidad, pero no se atreve a descartar ninguna de las palabras. Acomoda los tres dados junto a la computadora. Intenta ignorarlos. Como si no hubieran llegado ahí convocados por ella misma. Como si el juego aún no hubiera comenzado. Siete sílabas. Cinco. Siete.

Los lugares del nunca

Del caracol

Inventan serpentin

Guarda los dados. Podría dibujar esa imagen sobre las palmas de las manos que alguien le ofreciera. Con un delicado pincel mojado en henna. O con suaves puntadas que apenas atravesaran capas de piel transparente. Un caracol avanzando despacio entre los dedos.

5

La persigue la imagen perturbadora de un bebé con las manos cubiertas. Alguien le ha contado que les ponen medias para que no puedan chuparse los dedos. ¿O lo ha leído? Tal vez ella dejaría así de lastimarse. Imagina las pequeñas gotas de sangre sobre la media que no podría ser sino blanca.

6

También le han aparecido algunas manchas. Pecas, dicen. Por la edad. Le da vergüenza sentirse más joven que sus manos. Le da vergüenza recordar el horror que le provocaban las manos de las tías viejas de su madre. Llegaban cada tanto: altas, gritonas, y ella les miraba las manos pecosas. Eran los puntos a unir para dibujar la vejez. Como los puntos que unía en la revista infantil que el repartidor les dejaba cada sábado. La vejez llegaba con gritos y manchas. Con olores en los cubos oscuros de los edificios. Prefiere arrancarse las costras. Dibujar otro mapa posible con el bisturí del insomnio.





*Nora
Strejilevich*

La ruta de la sangre

*Escribe con sangre
y aprenderás que la sangre es espíritu.*
Nietzsche, Así habló Zaratustra

Había algo seductor en el escaso uso que hacía mi abuela de los artículos: escuchar un relato suyo era subirse a oraciones misteriosas que viajaban lejos. Sus frases tenían el sabor a remotos países donde, según me habían contado, cada matiz de la nieve es otra nieve porque se nombra con otra palabra. Kaila me hablaba de la nieve. Nieve, decía, mucha nieve en Polonia, y lanzaba su mirada a un horizonte que ella veía en la memoria y yo copiaba en la mía, atrapando susurros que navegaban por un río desconocido. Iba por Vístula, decía, bolsas de fruta y verdura de acá a allá. Yo levantaba en el aire mi escenario —algo parecido al Tigre pero más frío— y la veía joven, las trenzas largas y rubias como las valquirias, esforzando senderos con bolsas repletas de hortalizas y de manzanas, yendo de aquí para allá, vendiendo lo sembrado por su familia. El motor de estos cuentos de pradera y cielo abierto eran siempre embarcaciones y trenes que no salían de su tierra natal. Todo pasaba cerca del cauce del río y por sus aguas, en la ciudad de Vishogrod, no muy lejos de Varsovia. Mi abuela Kaila había venido a Sudamérica con sus dos hijas a juntarse con el marido, que se había aventurado antes, tal vez en 1926, para tentar el terreno y facilitarles el arribo.

Mis abuelos paternos, Fanny e Isidoro, también oriundos de un más allá sin artículos y con jotas aspiradas, habían llegado, a principios del siglo veinte, a las tierras compradas por el Barón de Hirsch para que los judíos del este de Europa pudieran escapar de los pogromos que no dejaban de repetirse, inevitables como el invierno o el verano pero cada vez con mayor intensidad. Habían nacido en una región que mutaba fronteras y nombres: Besarabia. ¿Un lugar que besaba a Arabia? No quería arruinar el efecto mágico de esta unión mirando el mapa: prefería el beso a una región del lenguaje de donde procedían aljibe, alhambra, almohada y ojalá. Igual no valía la pena buscar ese lugar: ya no figuraba. El imperio ruso le había dado el nombre de Besarabia a la parte oriental del principado de Moldavia cuando se lo quitó al Imperio otomano. Me imaginaba un mundo pariente de Las mil y una noches, ¿hacía falta más? En un tiempo perteneció a Rumania, por eso mi papá, León, decía —para simplificar —que eran de ahí. Lo que para mí contaba era que venían de un país exótico en constante mutación. Después que Isidoro y Fanny anclaran en estas costas su región siguió cambiando de manos y de títulos. Lo cierto es que, en medio de estos porosos límites, idiomas e identidades, los judíos dejaban de ser bienvenidos, por eso entiendo que, ya plantados los pies en la Argentina, no quisieran ni pensar en ese embrollo. Como dice la famosa expresión: preferían dar vuelta la página.

Mis abuelos rumanos habían partido, supongo, de Kishinev—hoy capital de Moldavia—, y llegado a la provincia de Entre Ríos a cultivar la tierra. Siendo un hombre de ciudad, Isidoro en seguida se cansó de una vida que había que enfrentar con pocas herramientas y muchas plagas. En cuanto pudo se mudó de Gualeguaychú a la capital, y por supuesto su mujer y su prole lo

siguieron. Aunque seguirlo es un decir: la familia se instaló en Buenos Aires mientras sus emprendimientos comerciales lo lanzaban del distante norte al inaccesible sur del país. Su fortuna subía y bajaba como sus viajes y su esposa se mudaba con sus cuatro hijos a cuestras, del conventillo al cómodo departamento según la suerte que le depararan sus intrépidos recorridos. Estas historias, que me contaban con pocas variaciones, subían y bajaban como las mareas: flotaban en un incierto oleaje mientras el azar marcaba cara o seca, éxito o tragedia. Mi oído se templó en esta cadencia: si nací fue porque mi sangre se había desparramado y combinado en extraños ires y venires, como en esas loterías donde se revuelven los números de la suerte y sale cualquiera. En este caso salí yo: soy la única que queda

La inmigración a la Argentina de la sección materna de esta tribu errante se puede resumir en unas pocas frases que mi madre repetía cada tanto, como respuesta a mis interrogatorios: Tu abuela nos trajo de Polonia, a tía Lea y a mí, cuando éramos chicas. Tu abuelo había venido antes y una vez que instaló su fábrica de sombreros, nos mandó llamar. Esta sinopsis y la foto de un hombre joven, bien plantado, de cejas rotundas enmarcadas por un sombrero negro —mi abuelo ¿Isaac?— son todo lo que salvé del naufragio de la memoria de Sarita, que era poco más que un bebé al bajar del barco.

El mito dice que los argentinos bajamos de los barcos. La historia es, como suele ocurrir, mucho más compleja. Para resumir, digamos que mi clan más inmediato se formó porque estos perseguidos cruzaron el Atlántico y lograron anclar en el puerto de Buenos Aires: unos para seguir ¿por el río Uruguay? hasta las colonias judías en la Mesopotamia y otros para instalarse en la gran ciudad. Las migraciones internas hicieron el resto.

Cuando mi abuela Kaila murió, mi tía colgó un cuadro de sus abuelos en la pared de su casa para darme el gusto. Yo había notado que la imagen estaba relegada a un rincón de su ropero e insistí: Dales un lugar en tu pieza, tía, ¿cómo los vas a tener ahí escondidos? (a ellos, que no alcanzaron a huir; a ellos, que murieron en Auschwitz). Una vez que pude apreciarlos noté que esa mujer me traía la mirada de mi madre. La marca de un legado diaspórico se puede resumir, pensé, en una serie de caras íntimas y desconocidas que la siguen a una hasta en los sueños sin emitir sonido. Fantasma que circulan por la propia sangre y despiertan un acuciante deseo de traerlos a la vida para descifrarlos. Algunos son voces. Tía Lea me había contado, entre sorbo y sorbo del mate, que ella y mamá habían nacido en Wyszogród. Incluso tuve en la mano unos documentos —antiguos pliegos en una escritura ilegible: sus partidas de nacimiento. Ella leía Vishogrod y se quedaba como entre paréntesis: ese nombre parecía el título de un libro con hojas en blanco. Mucho después entendí por qué.

De la rama paterna tampoco supe mucho: no quedó nada de ellos fuera de las fotos ocre de una caja de madera que llegó con caras y poses de los que no creyeron que hiciera falta irse, o no alcanzaron a hacerlo o no pudieron viajar. Una vez encontré el apellido de mi abuela, Schlesinger, en las paredes de una sinagoga de Praga. Era una lista de desaparecidos. ¿Serían de mi “árbol genealógico”? Al tomar nota de un hombre que había nacido el mismo año que

papá, 1913, pensé: ¿Acaso importa? La devastación de la Shoá es siempre propia. De ahí la escasez de anécdotas: me quisieron evitar el peso de esta historia, pero la historia con sus volteretas, les jugó una mala pasada.

En la década del setenta la “Noche y niebla” de la solución final, Nacht und Nebel, llegó a nuestra tierra traducida al castellano rioplatense con su propio dialecto y el mismo pulso sangriento. En todo caso, nadie todavía lo sabía y la fórmula del silencio era una opción para quienes, como mis ancestros, llevaban auestas montañas de gemidos y de cenizas. No había que mirar para atrás sino hacia adelante, había que renacer en una nueva lengua. Cuando, en los setenta, el terror vino a golpearles la puerta, estos seres de raíces trucas no encontraron en su diccionario palabras para explicarse cómo fue que eso mismo, aludido por el dictador de turno con una mano dibujando en el aire el horror como algo evanescente, mientras la voz enunciaba: no están ni muertos ni vivos...están desaparecidos, se las había ingeniado para cruzar el océano y condenarlos. Ahora venían por nosotros, por la “propia sangre”, en este caso argentina: por los hijos, sobrinas, vecinos, amigas, compañeras, tíos y hasta abuelos.

El mito dice que los argentinos bajamos de los barcos. La historia es, como suele ocurrir, mucho más compleja pero, para abreviar, mis antepasados cruzaron el Atlántico y lograron anclar en el puerto de Buenos Aires. En la maleta de algún viajero de una de esas naves llegaba la caja de madera con fotos sepia, entre las que recuerdo a una mujer que parecía mi doble (mi doble ahora que llegamos al futuro, aunque ella siempre fue y será ciudadana del pasado). ¿Qué misteriosa sensación habrá despertado en mí descubrir mi semejanza con esa mujer anónima, de vestido largo, rodete bajo y sonrisa perpleja? ¿Quién sería? ¿Dónde habría vivido? ¿En Kishinev, en Praga, en Vishogrod? Un día, atraída por estos puntos cardinales enigmáticos, seguiría la ruta de mis antepasados.

¿Por qué esta pulsión por saber? Tal vez la ausencia de mi segundo nombre fuera el primer motor: la marca de una ausencia. Según la tradición ashkenazi me correspondía, como segundo nombre, el de una abuela fallecida. Mis padres, por evitar las reverberaciones de la tragedia, me dieron uno solo, Nora, y no por falta de muertos en la familia. Querían una estirpe más a tono con su horizonte, “asimilada”: mi hermano, mayor, había sido el primero en esta serie autónoma: le había tocado Gerardo. Nos salvaron de un par de nombres bíblicos pero nos dejaron huérfanos de esa alianza entre generaciones. Nos marcaron de soledad.

Sospecho que una anécdota sobre mi infancia que divertía a los adultos revela una temprana reacción a este sello. Si me preguntaban: ¿cómo te llamás? respondía Nora Norita. El diminutivo me protegía de la zozobra de ese primer nombre a la deriva, sin siquiera un anclaje en la serie esfumada. A mi juicio el nombre tenía que estar acompañado de otro más –mis vecinas se llamaban Ana María, María José, Adriana Beatriz–. Así que resolví acabar, con la aprobación de todos, con la falta del segundo nombre. El diminutivo me daba las credenciales requeridas para pertenecer. Quizá fue la privación de un nombre la que nutrió mi atracción hacia las evanescentes hilachas del pasado. Asumí, desde entonces, mi labor de restaurar ruinas de barcos cuyos trozos quedaron desparramados por el planeta.

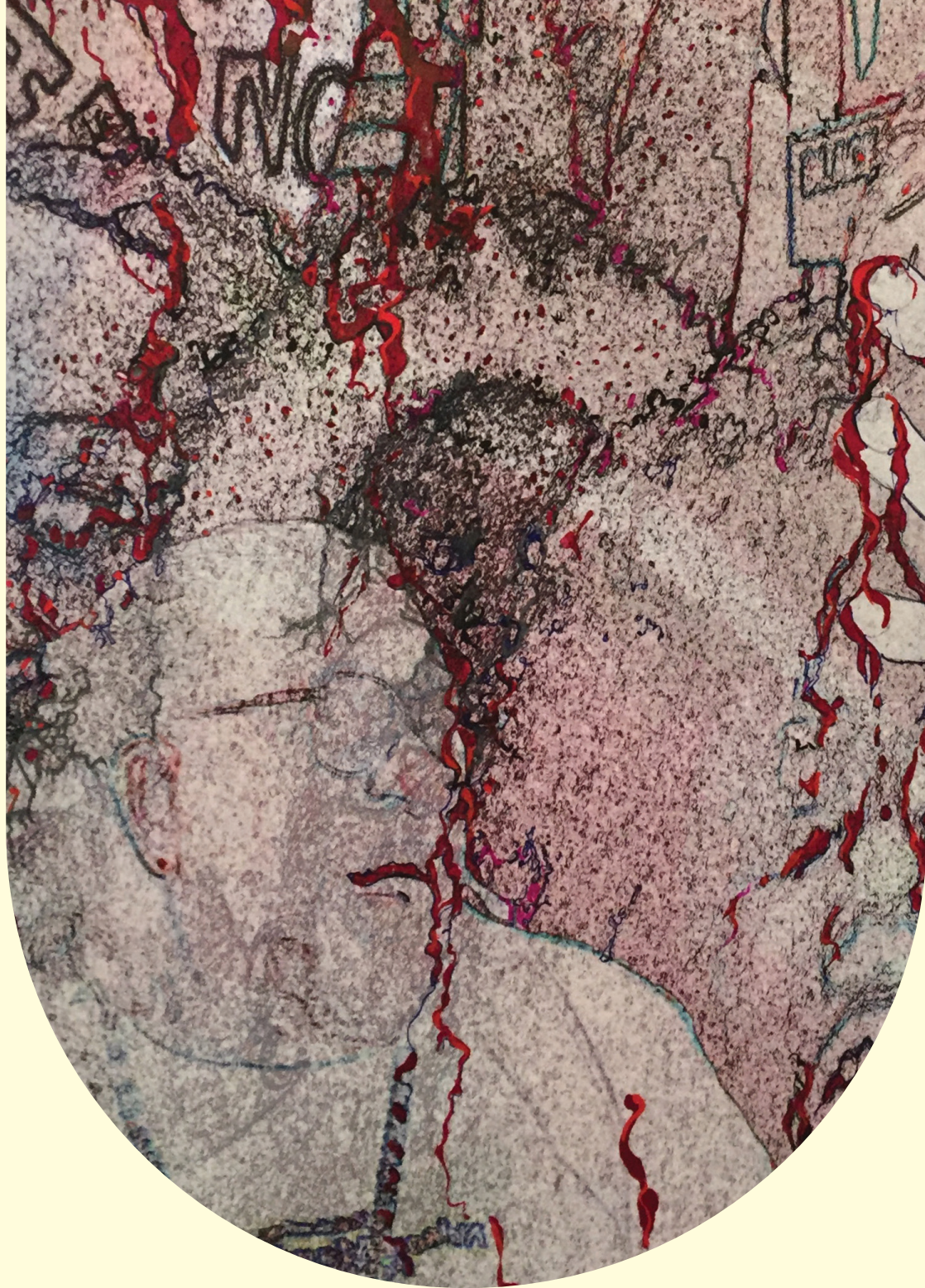
El caleidoscopio de memorias me hace saltar a tiempos universitarios. A mediados de 1977, durante la dictadura de Jorge Rafael Videla, los policías son un espectáculo cotidiano. Nos cruzamos con ellos cada vez que entramos o salimos de la facultad. Las paredes han sido blanqueadas, están más limpias que nunca. Está prohibida la actividad política y la militancia se sostiene en la clandestinidad. La constante y terrorífica succión de ciudadanos en una misteriosa nada nos deja atónitos. De repente un agujero negro se abre en el lugar que había ocupado alguien y ese vacío dispara una pausa opaca durante la cual se toman precauciones: la cautela puede significar cambiar de rutina, mudarse, irse lo más lejos posible. Pero después de un tiempo prudencial se retoma la vida de siempre. ¿Cómo medir o calcular ese tiempo prudencial, eufemismo del tiempo necesario para salvarse: un tiempo como una carrera de postas donde hay que poder sortear lo que se presente y llegar a la meta para zafar? Los cálculos son aproximados y en esa imprecisión se juega la vida. Fui maestra sustituta de un compañero que tenía que cuidarse. Dicté sus clases de filosofía y ni sé cómo logramos oficializar ese cambio de roles. Era parte del partido colectivo: algunas piezas se escondían o eran reemplazadas por otras en una atmósfera que naturalizaba el pánico. Un periodista me dijo: Cuando estás en el terror no te das cuenta: te acostás a dormir con el terror, vivís con el terror, lo incorporás. Y cuando pasa y mirás para atrás te preguntás: ¿cómo pudimos haber soportado todo esto? ¿Cómo pudimos haber tolerado que te llamen a la mañana para decirte: —che, cayó fulano anoche—y vos digas –puta qué cagada—y cortes el teléfono? Argentina era una tierra extraña y siniestra donde Saturno devoraba a sus hijos. En medio de su labor a lo sumo susurrábamos: –cayó Luis, ¿no apareció Sonia? –, como si la angustia mermara al anudarse entre voces inaudibles.

Fue entonces que empecé a planear mi fuga. En julio de 1977 me inscribí en un plan diseñado para jóvenes profesionales que querían visitar Israel, y al mes siguiente me estaba alistando para viajar por un año con un grupo de profesionales. Pasaríamos unos meses aprendiendo hebreo y después nos darían un trabajo. Me preguntaba qué puesto le encontrarían a una profesora de filosofía que no hablaba hebreo, pero me aceptaron. Todo iba viento en popa pero, justo antes de mi partida, algo falló. En un operativo de la patota, como le llamábamos en ese entonces a los allanamientos de los grupos de tareas, es decir del Estado terrorista, mis primos Hugo y Abel habían desaparecido (a uno se lo llevaron muerto, al otro vivo). A Gerardo no lo veía hacía rato, quise suponer que se había escondido. No me parecía que yo fuera a tener problemas pero mi plan de escape resultó lento. Cuando golpearon la puerta de nuestro departamento ese 16 de julio de 1977 sentí que las paredes, o la historia, me cercaban. Mi madre gritaba: ¡Les abro, no tiren la puerta abajo! Supe en seguida quién iba a entrar y corrí hacia el fondo del departamento. Mi padre gritaba paren, paren mientras nos invadían con sus armas largas, dando órdenes: ¡Al piso, cabeza abajo! Arma en la nuca, el tiempo estallaba, se salían las manecillas del reloj. Requisaron la casa, tiraron todo, saquearon y me ataron un paño al que llamaban tabique porque tabicaba, cegaba. Más adelante aprendería nuevos sustantivos y verbos. Tubo, trencito, irse para arriba. Pero en ese momento apenas hablaba la lengua de “afuera”.

Migraciones de la sangre: Flujo

No puedo respirar pero grito: ¡Me llevan, me llevan! mientras me tiran al ascensor. Varios brazos y tironeos me empujan al piso de un auto. Será mi adiós, calculo, y grito mi apellido con nervios, con furia, contra toda la sangre derramada por siglos. Después arrancan, ya es tarde. Tras del interrogatorio le quitan a una el nombre. Te llamas K-48, si te olvidás este código olvídate de salir de acá. Venda en los ojos, cadenas en los pies, ropas de otro para que el bulto numerado acepte órdenes, para que muera sin resistir –paquete dormido y lanzado desde un avión al Río de la Plata: nuestro río de sangre. Después supe que Gerardo había desaparecido ese mismo día, al alba. Sarita murió en los albores de la democracia y León saltó al vacío unos años después. También se perdió la caja de madera con fotos sepia que había atravesado tantos países y un océano hasta anclar en América. Pero la memoria no se da por vencida: persiste y perdura en una versión concisa de nuestra historia que, sin embargo, tiene alas. Apenas necesita una maleta y muchos cuadernos cuyas hojas, en el ir y venir de barcos, trenes y aviones, se llenan de letras. Los mares y ríos, los campos y cielos sangrientos se vuelven tinta, sus manchas se cuelan por las heridas y pintan tiernas figuras en la oscuridad.





III. Desangre



*Ana María
Dolores
Huerta
Jaramillo*

Rutas de la sangre americana

*Te llevaré al Chokó Sintumbil ha’
lavaré tu sangre.
Te daré sangre nueva.
Corregiré el error de tu sangre
que ha creado
lo que te devora por dentro*⁶

Migró la sangre del viejo continente a las nuevas tierras americanas, carmesí envuelto en la piel y los hábitos conventuales, en las armaduras de la soldadesca y las cadenas de los esclavos. La sangre viajó a través del agua y de los vientos, del sol y las tormentas, los relámpagos y la sal. Los nuevos habitantes que pisaron tierras mexicanas mezclaron su sangre con la de las mujeres sin nombre, a veces seducidas, otras veces obsequiadas, violentadas, violadas. Una mujer de nombre Malinalli se convirtió en Marina, y se entreveraron las venas de las lenguas maya y náhuatl con el castellano de los preguntadores, brotó la sangre nueva del mestizaje. Marina, Mar, Marea, María, la que se inunda de sangre al resplandor de la luna. Marina, devota de Xochiquetzalli, la del plumaje de rosas, rosas coloridas, rosas escarlata, rosas de sangre que tiñeron los nacimientos de los nuevos habitantes del Anáhuac.

Ya desde antes corría la sangre

En la fiesta nombrada Panquetzaliztli, en honor de Huitzilopochtli dios del sol y de la guerra, se hacían muchos sacrificios de sangre, “así de las orejas como de la lengua”:

*porque en esto de sacarse un poco de sangre para echar en los
ídolos, como quien esparce agua bendita con los dedos, o echar
la sangre en unos papeles y ofrecerlos de las orejas y lengua,
a todos y en todas partes era general, pero de las otras partes
del cuerpo en cada provincia había su costumbre: unos de los
brazos, otros de los pechos, etcétera, que en esto de las señales
se conocían de qué provincia eran.*⁷

Se sacrificaba a muchas personas, presos de guerra o esclavos, en una piedra colocada en lo alto de la pirámide, delante del altar de las imágenes. Tendida sobre su espalda en la piedra la víctima atada de pies y manos, el sacerdote principal le abría el pecho con un pedernal

⁶ Canto maya de sanción.

⁷ Capítulo Sexto. “De la fiesta llamada *Panquetzaliztli*, y de los sacrificios y homicidios que en ella se hacían , y cómo sacaban los corazones y los ofrecían y después comían los que sacrificaban.” Fray Toribio de Benavente “Motolinía”. *Historia de los Indios de la Nueva España*. Edición, estudio y notas de Mercedes Serna y Bernat Castany. Madrid, Real Academia Española/Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, MMXIV, p. 44 (Anejos de la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española) <https://www.fundacionaquae.org/wp-content/uploads/2017/07/Historia-de-los-Indios.pdf> (Consultada el 20 de mayo de 2019)

y rápidamente le sacaban el corazón, con su sangre manchaban el umbral del altar y luego lo colocaban en una escudilla. Otras veces tomaban el corazón y lo levantaban hacia el sol y también untaban los labios de las imágenes con sangre. En el corazón o yolloatl residía la vitalidad. La planta Yoloxóchitl en la medicina tradicional mexicana se emplea para curar problemas del corazón y disminuir la presión arterial.

Los nahuas estaban convencidos de que la muerte entre más violenta dotaba a los dioses de la energía vital de la que estaban ávidos y necesitados, quienes caían en combate entregaban su sangre a la tierra como última contribución. La sangre o “líquido precioso” chalchiuhatl, revitalizaba al Sol, divinidad que si carecía de alimento, disminuiría a tal grado que sería incapaz de mantener el orden cósmico. La fertilidad de la tierra, las lluvias, la salud de la población, la capacidad bélica, eran “compradas” a los dioses con la sangre de los sacrificados. El eterno apetito de Mictlantecuhltli, dios de la muerte, era tranquilizado con jícaras de sangre que se vertían sobre la cabeza de su imagen. Al pedirle al dios el beneficio de su lluvia, se intercambian pagos, el de Tlaloc es agua, el del hombre es sangre:

*¡Al fin es tiempo de su lloro!
Ay, yo fui creado
y de mi Dios,
festivos manojos de ensangrentadas espinas,
ya llevo
al patio divino*⁸

La sangre en las culturas prehispánicas es punto de encuentro con mitos universales. La sangre para los antiguos es el elemento más sagrado, vital y renovador. Al principio de la primavera los hombres derramaban su sangre para revitalizar a la naturaleza. Los primeros brotes verdes de la vegetación coincidían con rituales sangrientos, su derramamiento ayudaba y propiciaba la siembra, la sangre más sagrada y eficaz era la que derramaba el rey, figura divina y sacramental que encarna al grano mismo, descendiente de la tierra virgen y del dios celeste. En los tiempos cosmogónicos los dioses y los reyes son la personificación del grano, que sufre una pasión, una muerte, un entierro que lo hace transitar un tiempo entre los muertos y renace con gloria y multiplicado en una espiga. En las prácticas prehispánicas la sangre de la víctima nutre al dios sol.

La sangre de Cristo

Con los religiosos hispanos que desembarcaron en América también migró otro rito sacrificial con derramamiento de sangre, la pasión de Cristo, figura divina central de los evangelizadores, un ritual ancestral de fertilización del mundo. La piedad que emana al contemplar un Cristo de donde brota sangre animó a los pueblos sometidos a convertirse al cristianismo. En el paganismo procedente del mundo prehispánico los españoles encontraron formas muy semejantes a las del

⁸ María de la Paz Hernández Aragón. Teatro Indígena Prehispánico. México, Centro de Estudios sobre la Cultura Ncolaita/Universidad Michoacana de Nicolás de Hidalgo, 1996, p.33.(Biblioteca del Pueblo 6)

cristianismo. Muerte, sacrificio sangriento, resurrección, la sangre con su energía provee de vida a la tierra y al cosmos. Los ritos cristianos en Cuaresma y la Pascua fueron reconocidos por los indígenas como prácticas ancestrales de regeneración de la naturaleza y del grupo humano, no fue difícil integrarse. Cristo es muchos rostros, es Xipe Tótec, dios desollado cuyo sacrificio hace renacer a la naturaleza; es Centéotl el joven maíz alimento de los hombres; es Nanahuatzin quien ulcerado y pobre yace en una hoguera resurgiendo de su sacrificio como un sol; es Xochiquetzal que regresa del viaje invernal a los infiernos y produce la primavera. Y más.

En el rito cristiano también se equipara la sangre redentora o purificadora con el vino y en esa idea puede verse representado un renacimiento del rito dionisiaco en donde el vino es un vehículo de contacto con los dioses. La sangre de Cristo también es purificadora del pecado, pero sólo porque es vehículo de renacimiento, de una nueva vida, es decir, de fertilidad.

La sangre de Cristo purifica, desde hace mucho se proclama mediante imágenes, textos religiosos, plegarias, devociones, alimentados por los creyentes testigos de milagros, o presas de revelaciones sobrenaturales y divinas. Sermones, oraciones y exhortaciones, fueron escritos para leerse a las comunidades de fieles. Los textos redactados en un lenguaje que intenta expresar y comunicarse con las vivencias humanas, acaban siendo humanizados.

Desde las primeras ediciones castellanas impresas de la Biblia, las referencias de corintios, romanos, y los evangelistas acerca de la pasión de Cristo, generaron una amplia gama de interpretaciones, en torno de palabras como sangre, vida, resurrección, salud y purificación. La práctica cristiana se basa en el sacrificio de una víctima, santa pero sangrante, Cristo. En la principal liturgia del cristianismo, la misa y la eucaristía son en sí un sacrificio de sangre. Un escritor religioso Juan de Ávila, evoca la manera en que Cristo pudo quitar la mancha del pecado:

*fue de tanto valor para nosotros el ser castigado el hermoso que, cayendo sobre sus hombros el recio salitre de su pasión, cayó sobre nosotros el blanco jabón de su blancura.*⁹

El escritor místico y ascético, afirma que Dios dice al pecador:

*Si fueron vuestros pecados como la grana, serán blanqueados como la nieve. Y si fueron bermejos como sangre con que tiñen carmesí, serán blancos como lana blanca.*¹⁰

En un escrito de Francisco Falconi, los conceptos de vida y salud también fueron atribuidos a la figura de Jesucristo como médico:

9 Maestro Juan de Ávila. Avisos y Reglas Cristianas sobre aquel verso de David: Audi, Filia. Introducción y Edición de Luis Sala Balust. España, Juan Flors Editor, 1963, p. 259 (Espirituales Españoles Serie A Textos Tomo X).

10 *Ibidem*.

*Bálsamo salutífero, inmortal medicina,
sanas las heridas y enfermedades de este enfermo,
criado para gozar de vida eterna;
no permitas médico piadoso,
que perezca un alma redimida con el precio de tu sangre*¹¹

Así Cristo había bajado del cielo al mundo para purgar a la humanidad, y como símbolos empleados por la Contrarreforma aparecen, los duros, gruesos y largos clavos con que le tenían fijados los pies y las manos. Otros instrumentos de la Pasión lo fueron la corona de espinas que hundida en el cráneo hace brotar sangre; la lanza que Longinos clava en el costado del divino cuerpo y que alcanza la cavidad más íntima y sagrada: el Sagrado Corazón. Después fue incorporado también el cáliz que sostenido muchas veces por los ángeles recogía “la preciosa sangre”.

La preciosa sangre de Cristo asociada a la veneración de la cruz, aún en épocas recientes reúne a comunidades indígenas al inicio del ciclo agrícola, la fertilidad, y la lluvia. Una plegaria exclama:

*Sangre con que borras la escritura antigua.
Sangre en cinco pórticos de mejor piscina.
Sangre de mi amante, sangre amabilísima.
Sangre que te ofreces por quien más te pisa
Sangre que nutrió la dulce María.
Sangre siempre pronta a curar heridas.
Sangre en que se funda la esperanza mía.
Sangre que recauda la oveja perdida.
Sangre liberal, sangre agradecida.*¹²

El color oscuro de la sangre

En medio de los viejos cristianos también arribaron a tierras mexicanas judíos y musulmanes conversos, perseguidos por las leyes españolas desde el siglo XIV hasta el gobierno de los reyes católicos. Los nuevos cristianos fueron vistos por los antiguos con recelo, desconfiando de su sinceridad al recibir el sacramento del bautismo, pues los recién convertidos buscaban posiciones de prestigio, por eso se aprobaron los estatutos de limpieza de sangre, pretendiendo con ello proteger el honor y el prestigio de las instituciones, preservarla de posibles causas infamantes. Fe y limpieza de sangre estaban profundamente interrelacionadas, pues se creía que en la sangre yacían simientes de las creencias, una sangre manchada solo produciría aberraciones religiosas. En el periodo de la Contrarreforma la exclusión de los manchados preservaba las instituciones de honor para las élites.

11 “Letanía en forma de Soliloquios” Francisco Falconi, Ejercicios del Santísimo Sacramento. Para sus fiestas y octavas, los jueves del año, otras ocasiones y solemnidades.. Toledo, Por Juan Ruiz de Pereda, impresor del Rey, 1630. P. 212

12 Miles Chriti Resístens. 31 de julio de 2020. https://www.mileschristi.blogspot.com/2020/07/mes-de-la-preciosa-sangre-de_31.html

Esa aparente pureza ideológica en realidad era también racista, pues el origen de la discriminación está en la creencia profunda de que la impureza del alma está relacionada con la impureza de la sangre.

El primer estatuto de limpieza se emitió en la ciudad de Toledo en 1449 por el cardenal Siliceo, luego se estableció en Badajoz en 1511, en Sevilla en 1515, en Granada en 1526 y en Córdoba en 1530. Los estatutos de limpieza de sangre también existieron en algunos colegios mayores de la Universidad de Salamanca en el siglo XV. En las órdenes religiosas comenzó a regir en la de San Jerónimo, en 1489 se aprobó para los dominicos aunque de forma definitiva en 1540, los agustinos la instauraron en 1520 y poco después los franciscanos, resistiéndose a ella sólo los jesuitas. Además de regir en una serie de colegios mayores universitarios, la exigencia de pureza de sangre paulatinamente se fue estableciendo en el resto de la sociedad, se fue exigiendo en ciertas cofradías, gremios, para la obtención del título de abogado, en el oficio de maestro, escribano, y demás posiciones relacionadas con el prestigio social. “Cristianos viejos, limpios, sin raza de moros, judíos ni herejes, ni penitenciados por el Santo Oficio de la Inquisición” rezaban los requisitos del aludido estatuto.

En América los estatutos de limpieza de sangre funcionaron de manera similar a Europa. Se exigía probar la limpieza de sangre para ingresar a colegios, órdenes militares y religiosas, para ser admitido como Familiar de la Inquisición y para ocupar cargos públicos. Esa pureza se extendió para marcar la diferencia social entre el español y el indígena, entre el conquistador y el conquistado, ya que las informaciones realizadas en la Nueva España que señalaban al cristiano viejo y libre de mancha de moros y conversos, agregaron el calificativo de españoles puros, sin mezcla de indios, mestizos, negros, chinos y mulatos.

Esas maneras de nombrar correspondían a una serie de mezclas entre linajes. Como ejemplos: de la unión de mulato con española resultaba un hijo “morisco”; de la unión de morisco con española resultaba un “chino”; de la mezcla de chino con india daba por resultado un hijo “salta atrás”; de la unión de un salta atrás con una mulata resultaba un hijo “lobo”; del enlace de un lobo con una china resultaba un hijo “jíbaro”.

Y así esas denominaciones son nombres que descalificaban a quienes los soportaban. Los judíos eran vigilados por sus vecinos, el baño frecuente, la ropa limpia y blanca, si no comían jamón ni tocino, si cocinaban con aceite de ajonjolí en lugar de manteca, si descansaban los viernes y los sábados, cualquier indicio se empleaba para señalarlos de herejes. Además del acecho personal, el proceso que se seguía para la averiguación de limpieza de sangre incluía una serie de pasos. Genealogía del investigado que permitiría al Cabildo recabar información sobre sus calidades culturales. Un comisario y un escribano a veces auxiliados por civiles y clérigos asentaban los testimonios de lo declarado por los testigos.

Las preguntas surgían en medio de verdades sospechosas. ¿Conocen a sus padres?, ¿Cómo se llamaban?, ¿De dónde eran naturales y vecinos?, ¿Conocen a los abuelos paternos y maternos?, ¿Cómo se llamaban?, ¿De dónde eran naturales y vecinos?, ¿Eran hijos legítimos de legítimo matrimonio?, ¿Ninguno bastardo?, ¿Expuesto o natural? y ¿Si habían sido forzados, amenazados por amistad, enemistad o por motivo contrario a declarar?

Una pregunta suficientemente escueta planteaba:

*¿Si todos los dichos son cristianos viejos limpios de toda mancha de raza de moros, indios, conversos, reconciliados, o castigados por el Santo oficio, ni otro tribunal con pena que infame, si son españoles puros sin mezcla de negros, indios, chinos, mulatos, mestizos o gente sospechosa, si han tenido oficios viles y mecánicos que impidan obtener empleo público y de honor?*¹³

Los estatutos también fueron una forma de proteger y además preservar la situación privilegiada para un determinado grupo social.

Sangre y sanción

En esa sangre que podía estar limpia o manchada, también circulaban las ideas médicas. Con los españoles migraron a tierras novohispanas los juicios de la medicina hipocrática, y uno de los caminos de la sanación eran las sangrías como camino terapéutico.

Ni Hipócrates ni Galeno conocieron el concepto de circulación de la sangre. Galeno realizó muchas disecciones y aunque describió con precisión la red venosa y arterial creía que la sangre se formaba en el hígado, de donde salía por las venas y que la respiración no tenía más fin que refrescarla.

Para Hipócrates en los humores se hallaban las causas de la mayoría de los padecimientos, y la curación se lograba al recuperar su equilibrio. La sangre era descrita como “un humor caliente y húmedo, de la más templada parte del quilo engendrado; y es en su color pura y de color colorada.” La sangre se producía en la primera digestión entre el estómago y el quilo, líquido blanco lechoso que se forma en el intestino delgado durante la digestión, y se conducía al hígado, que es donde se aloja, a través de las venas nombradas miseraicas, y en él también se daba la conversión humoral. Aparte de la sangre los humores eran la cólera, la flema y la melancolía. La cólera, humor caliente y seco, se originaba en la parte más templada del hígado, se alojaba en la hiel y su color era citrino tirante al amarillo. La flema llamada natural era un humor frío y húmedo que se originaba en la parte menos cocida del hígado, y no se alojaba en ningún lugar señalado, de color blanco y sin sabor. La melancolía era un humor frío y seco, originado en la parte más gruesa del hígado, de color algo morado oscuro o como hollín y se alojaba en el bazo. En las venas está la sangre, miembro simple, de complexión fría y seca, y por accidente caliente y húmeda, de sustancia dura, construidas con hilos, nervios y ligamentos, y no tienen más de una túnica. Las venas comunes y útiles para sangrar eran treinta y una: trece en la cabeza, diez en los brazos y ocho en las piernas. En unas instrucciones acerca de las venas que se solían sangrar y de las ventosas con que se sacaba la sangre, se precisa que para todos los sabios antiguos y los del siglo XVI, la sangría:

¹³ Biblioteca Palafoxiana. *Informaciones año de 1780*. Manuscrito. Fs. 6 r a 10 v. (Información obtenida por la Maestra Beatriz Huerta)

*Es una universal evacuación de los humores: y es más segura porque no es la evacuación con medicina por la boca porque en mano del médico está evacuar por sangría la mala sangre y dejar la buena cerrando la vena a su lugar y tiempo: y es una cura muy poderosa de las enfermedades que vienen por abundancia de la sangre sin esperar digestión: y los humores malos que son mezclados con la sangre se evacuan fácilmente con la sangre.*¹⁴

Así la sangría es una abertura de vena que evacua la sangre y los humores que van con ella. La evacuación de la sangre podía ser copiosa y flaca de acuerdo con la naturaleza de la enfermedad, y se llamaban flebotomianos a los especialistas en realizar las operaciones venosas. Quienes podían sufrir la sangría eran:

*los que tenían la virtud fuerte y las venas robustas y anchas y la disposición no flaca y el color no blanco, y la carne no muelle, y los de contraria disposición no la pueden sufrir por la poca sangre que se halla en ellos.*¹⁵

Según los resultados que se quisieran lograr se hacía sangrar determinada vena en determinada parte del cuerpo. La vena de la frente para la oftalmia; las venas del paladar para la sarna y pústulas de la cabeza; la vena basílica o vena del hígado para los que tienen pasión en el hígado o para la calentura sanguínea, y más.

Sangrar también es purificar a través de una purga sanguínea. En el caso de las sangrías, la sangre no es vehículo de purificación, sino objeto de esa purificación. Lo que se extrae con la sangre “mala” en las sangrías era, también, el resultado de los excesos, del pecado. Una frase de la época ilustra la idea de pecado y enfermedad:

*Ya estás bueno, no reincidas en el pecado: luego su enfermedad, de pecados tuvo su raíz; que si en el mundo hubiera menos pecados: tuvieran menos que hacer los señores Médicos.*¹⁶

Los médicos hipocráticos tenían que informarse a qué hora crecía o menguaba la calentura que tenía un enfermo para poder juzgar adecuadamente la enfermedad y el humor que la causaba. La sangre reinaba en el cuerpo humano en los meses de marzo, abril y mayo; y en el transcurso de un día de veinticuatro horas reinaba en el cuerpo humano de las tres a las nueve de la

mañana. Por ello el derramamiento de sangre de Cristo durante la representación de su pasión en la Semana Santa sucede precisamente en ese lapso estacional, el primer viernes posterior a la primera luna llena después del equinoccio de primavera. Así el suceso se conecta con la estación y determinada fase de la luna en el calendario lunar.

Entre los mayas en este correr de los tiempos existen curanderos que practican las sangrías como camino terapéutico y nombran como Chapahal al hecho de enfermar o estar enfermo, o en general a la enfermedad. Chapahanil y chapalil también es sinónimo de enfermedad y dolencia, y ah tokyah es un sangrador que se tiene por oficio como cirujano. Tok es un pedernal y también significa sangrar. Tokan es lo sangrado, y tokbal es la sangre que sacan cuando se sangran. Tokbilil se nombra a la sangradura, tokbol es la persona que es ser sangrada, tookol es el acto de sangrar. Koch es reconocer que la enfermedad es efecto de la culpa, y reconocerlo como parte del camino para la sanción es ya in koch que significa Dios me dio esta enfermedad.

La sangre que nos habita ha recorrido tiempos, mudando de mensajeros, siempre viva, entre sacrificios y esperanza, devociones y martirios.

Bibliografía

Biblioteca Palafoxiana de la ciudad de Puebla
Maestro Juan de Ávila. *Avisos y Reglas Cristianas sobre aquel verso de David: Audi, Filia*. Introducción y Edición de Luis Sala Balust. España, Juan Flors Editor, 1963. (Espirituales Españoles Serie A Textos Tomo X)

Fray Toribio de Benavente “Motolinía”. *Historia de los Indios de la Nueva España*. Edición, estudio y notas de Mercedes Serna y Bernat Castany. Madrid, Real Academia Española/Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, MMXIV. (Anejos de la Biblioteca Clásica de la Real Academia Española) <https://www.fundacionaquae.org/wp-content/uploads/2017/07/Historia-de-los-Indios.pdf>

Mircea Eliade. *El Mito del eterno retorno*. Arquetipos y repetición. Trad. Ricardo Anaya, Argentina, Emecé Editores, 2001.

Francisco Falconi, *Exercicios del Santísimo Sacramento*. Para sus fiestas y octavas, los jueves del año, otras ocasiones y solemnidades. Toledo, Por Juan Ruiz de Pereda, impresor del Rey, 1630.

María de la Paz Hernández Aragón. *Teatro Indígena Prehispánico.México*. Centro de Estudios sobre la Cultura Nicolaita/Universidad Michoacana de Nicolás de Hidalgo, 1996. (Biblioteca del Pueblo 6)

¹⁴ Vigo, Giovanni. *Libro o práctica en cirugía del muy famoso y experto doctor Juan de Vigo*. Trad. Miguel Juan Pascual. Burgos, en casa de Phelippe de Iunta, 1564, p. cclvii

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ Fray Diego de Madrid. *El Cesar o nada, y por nada coronado Cesar, San Felix de Cantalicio*. Tomo III, En Madrid, En la Oficina de Bernardo Peralta, MDCCXXXII.

Migraciones de la sangre: Desangre

Jacques Le Goff y Nicolas Truong. *Una historia del cuerpo en la Edad Media*. Trad. de Josep Batallé. España, Ediciones Paidós Ibérica, 2005.

Alfredo López Austin. *Cuerpo Humano e Ideología*. Las concepciones de los antiguos nahuas. T. I. y II. 3era. ed., México, Instituto de Investigaciones Antropológicas/Universidad Nacional Autónoma de México, 1989. (Serie Antropológica 39)

Alonso López de Hinojosos. *Suma y Recopilación de Cirugía con un arte para sangrar muy útil y provechosa*. Presentación de Fernando Martínez Cortés, 3ra. ed., México, Academia Nacional de Medicina, 1977. (Colección La Historia de la Medicina en México 1)

Fray Diego de Madrid. *El Cesar o nada, y por nada coronado Cesar, San Félix de Cantalicio*. Tomo III, En Madrid, En la Oficina de Bernardo Peralta, MDCCXXXII.

Enzo Segre. *Las máscaras de lo sagrado*. Ensayos italo-mexicanos sobre sincretismos náhuatl-católico de la Sierra Norte de Puebla, México, INAH, 1987. (Colección Divulgación)

Giovanni Vigo. Libro o práctica en cirugía del muy famoso y experto doctor Juan de Vigo. Trad. Miguel Juan Pascual. Burgos, en casa de Phelippe de Iunta, 1564.





*Blanca
López
de Mariscal*

Y todo estaba cuajado de sangre... El sacrificio humano en el capítulo XCII de la *Historia Verdadera*

Reflexionar sobre la problemática interétnica que surge a partir de los descubrimientos y las conquistas del siglo XVI siempre me ha resultado apasionante; explorar ese mundo a través de los textos que los viajeros y los conquistadores nos han legado, tratar de entender la magnitud del choque delirante que significó el encontronazo de esas dos culturas, la europea y la mesoamericana, ha sido un motor muy importante en mi trabajo académico. Pero tengo que confesar que siempre me he resistido a abordar el tema del sacrificio humano, un tema que va irremediablemente de la mano con el discurso de la sangre que ahora nos ocupa.

Como mexicana que intenta reconciliar sus diferentes pasados y que trata de entender el mundo mesoamericano, su cultura y sus valores, no resulta nada fácil enfrentarse a un tema tan escabroso.

Se puede sublimar: los antiguos mexicanos consideraban que a través de sus ofrendas cumplían con su deber cósmico de fortalecer al sol en su advocación de *Huitzilopochtli* para que cada día saliera de nuevo triunfante de su batalla contra las cuatrocientas estrellas del sur, los *Centzon Huitznahua*, que liderados por su hermana *Coyolxauhqui*, pretendían aniquilarlo para lavar la afrenta de la madre Coatlicue¹⁷.

Se puede ennoblecer: los dioses que se han sacrificado para dar vida a la quinta humanidad, necesitan del sacrificio de los hombres, de los macehuales, para continuar su ciclo vital. Después de todo como bien apunta el “Mito de la restauración de los seres humanos” **los macehuales han nacido gracias a la penitencia de los dioses**¹⁸:

*Han nacido, oh dioses,
los macehuales, los merecidos por la penitencia.
Porque, por nosotros
hicieron penitencia los dioses.*
(Ms. de 1558, fol.75-76)

En este sentido podría ayudar recordar las palabras de Octavio Paz en su *Laberinto de la Soledad*:

Para los cristianos la muerte es un tránsito, un salto mortal entre dos vidas, la temporal y la ultraterrena; para los aztecas, la manera más honda de participar en la continua regeneración de las fuerzas creadoras, siempre en peligro de extinguirse si no se les provee de sangre, alimento sagrado. En ambos sistemas vida y muerte carecen de autonomía; son las dos caras de una misma realidad [...]
(Paz, 22)

Pero aún así el discurso de la sangre es una constante cuando nos enfrentamos a la realidad del sacrificio humano: corazones sangrantes y aún palpitantes, pisos y paredes “bañados y negros de costras de sangre” y “todo bañado de ello como en los mataderos de Castilla” (Díaz del Castillo, 333) “y era tanto el hedor que no veíamos la forma de salir afuera” y “muchos corazones de indios que habían quemado, con que sahumaban a aquellos sus ídolos, y todo cuajado de sangre” (Díaz del Castillo, 334). Ante un discurso de esta catadura no valen ya los esfuerzos para ennoblecer o para sublimar. Pero sigo tratando, sigo pretendiendo conciliarme con el discurso de Bernal Díaz del Castillo o el de Hernán Cortés y hago un esfuerzo por ver el fragmento en el que se encuentra la descripción del templo de Tlatelolco en un contexto más amplio. Bernal acompañando a Cortés y a sus compañeros han salido del palacio de *Axayacatl* para visitar la “plaza mayor” y el “gran adoratorio de su *Uichilobos*”¹⁹. La forma en que Bernal describe su experiencia es grandilocuente, con una sarta de expresiones hiperbólicas con las que va construyendo la escenografía de una ciudad a la altura de las descritas en las novelas de caballería y los libros de Amadises. Inicia la descripción presentándonos el espectáculo de Cortés entrando en la plaza, rodeado de sus hombres que iban montados en sus caballos y seguidos por los soldados de a pie:

[...] *a caballo nuestro capitán, con todos los más que tenían caballos, y la más parte de nuestros soldados muy apercebidos, fuimos al Tatelulco, e iban muchos caciques que el Montezuma envió para que nos acompañasen; y cuando llegamos a la gran plaza, que se dice el Tatelulco, como no habíamos visto tal cosa, quedamos admirados de la multitud de gente y mercaderías que en ella había y del gran concierto y regimiento que en todo tenían. Y los principales que iban con nosotros nos lo iban mostrando; cada género de mercaderías estaban por sí, y tenían situados y señalados sus asientos. Comencemos con los mercaderes de oro y plata y piedras ricas y plumas y mantas y cosas labradas y otras mercaderías [...]* (328)

Todo en esa plaza es digno de asombro al grado que Bernal en este fragmento declara “quedamos admirados” no solo de la multitud de gente y de mercancías que ahí se reúnen, sino del orden y del concierto que reina en la plaza de Tlatelolco. Pero la descripción no puede quedar ahí, el grupo asciende a lo alto de la pirámide y al templo en el que Moctezuma está atestiguando una serie de sacrificios y esto obliga al narrador a romper con la descripción de una ciudad civilizada. Si por un lado hay que vender al destinatario europeo la idea de que se trata de un mundo que ofrece grandes posibilidades de comercio, por el otro hay que dejar establecido que se trata de un pueblo en el que reina la barbarie, que los templos están cubiertos de densas costras de sangre y que los corazones de las víctimas se ofrecen a los dioses en sacrificio. El narrador utiliza una serie de figuras afectivas, en las que nos muestra emociones como el asombro, la admiración, el temor o la indignación. Asombro ante el orden y concierto que reina en la plaza, admiración sobre la cantidad y la calidad de las mercancías y un contraste brutal frente a los sacrificios que provocan temor, indignación y repugnancia.

¹⁷ Véase el “Mito del nacimiento de Huitzilopochtli” en Miguel León-Portilla, 1988.

¹⁸ Cf. el “Mito de La restauración de los seres humanos” en Miguel León-Portilla, 1961.

¹⁹ *Huitzilopochtli*.

Después de la descripción de los sacrificios que se realizan en lo alto de la pirámide, Bernal retoma la descripción de la ciudad y del mercado: “porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo lo señoreaba muy bien” (331). Desde lo alto de la pirámide el cronista tiene una perspectiva panorámica, se domina la vista de la ciudad que como cualquiera otra de las ciudades utópicas de la antigüedad se encuentra construida en una isla:

[...] y de allí vimos las tres calzadas que entran en México, que es la de Iztapalapa, que fue por la que entramos cuatro días había; y la de Tacuba, que fue por donde después de ahí a ocho meses salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate [...] y veíamos el agua dulce que venía de Chapultepeque, de que se proveía la ciudad; y en aquellas tres calzadas las puentes que tenían hechas de trecho a trecho, por donde entraba y salía el agua de la laguna de una parte a otra; e veíamos en aquella gran laguna tanta multitud de canoas, unas que venían con bastimentos e otras que venían con cargas e mercaderías; y veíamos que cada casa de aquella gran ciudad, y de todas las demás ciudades que estaban pobladas en el agua, de casa a casa no se pasaba sino por unas puentes levadizas que tenían hechas de madera, o en canoas; y veíamos en aquellas ciudades cúes e adoratorios a manera de torres e fortalezas, y todas blanqueando, que era cosa de admiración, y las casas de azoteas, y en las- calzadas otras torrecillas e adoratorios que eran como fortalezas [...] (331,332)

El anterior es un extracto de una descripción más amplia en el que Díaz del Castillo hace especial hincapié en su calidad de testigo, y a partir de la reiteración de lo percibido a través del sentido de la vista, va ensartando los diferentes aspectos que desea destacar: “y veíamos el agua dulce”, “y veíamos aquella gran laguna”, “y veíamos que cada casa...”, “y veíamos cúes y adoratorios”. El agua potable para las necesidades humanas, agua como medio de transporte de hombres y mercancías, y puesto que se trata de describir una ciudad modélica, es indispensable que sea muy populosa y que posea una actividad humana bulliciosa y una pujante economía. Para Bernal la plaza que describe es incluso superior a las plazas más grandes del mundo:

[...] y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia y en Roma y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto. (332)

En cambio, en la descripción de los sacrificios humanos el discurso de la sangre se apoya en el sentido del olfato, una figura afectiva a través de la cual el cronista logra mover a su destinatario hacia la repugnancia y el terror:

Y estaban todas las paredes de aquel adoratorio tan bañado y negro de costras de sangre, y así mismo el suelo que todo hedía muy malamente [...] tenían las paredes tantas costras de sangre y el suelo todo bañado de ello, como en los mataderos de Castilla no había tanto hedor. (333)

[...] y era tanto el hedor que no veíamos la forma de salir afuera [...] y como todo hedía a carnicería, no veíamos forma de quitarnos de tan mal hedor y peor vista. (334)

Si la ciudad civilizada y armónica está a un mundo de distancia de la barbarie del sacrificio humano, el discurso de la sangre contradice e invalida todo aquello que podía hacer pensar al destinatario del texto que la civilización azteca es algo más que un grupo de bárbaros aferrados a su paganismo.

El lector se va formando una imagen bimembre, por un lado la ciudad hiper-civilizada bien planeada y armónica, por el otro el discurso de la barbarie en el que el sacrificio humano es vital para llevar una relación solidaria con los dioses y en la que se ratifica la imagen del otro como un ser repugnante y bárbaro. Las costras de sangre que se acumulan en las paredes y “la sangre derramada de aquel día” construyen un discurso que descalifica y contradice el paradigma de la ciudad utópica.

Ambos discursos responden a dos diferentes posturas retóricas, el discurso de la civilización justifica la conquista económica al dar a la corona española razones para la conquista y la colonización de los nuevos territorios, mientras que el discurso de los sacrificios y de la sangre abre las puertas para la conquista espiritual.

Bibliografía

Díaz del Castillo, Bernal. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Introducción y notas de Joaquín Ramírez Cabañas. México: Pedro Robredo, 1939.

“Mito de La restauración de los seres humanos”, Ms. de 1558, fol.75-76, en León-Portilla, Miguel. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. México: Fondo de Cultura Económica, 1961.

“Mito del nacimiento de Huitzilopochtli”, Códice Florentino, libro. III, capítulo 1, en León-Portilla, Miguel. *México Tenochtitlan, su espacio y tiempo sagrados*. México: Plaza y Valdés, 1988.

Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.



Epílogo

Epílogo

Escribo este epílogo como una manera de que quienes ya habrán finalizado la lectura y están a punto de cerrar el libro, se retiren con una sonrisa en su rostro. En el entendido de que lo leído ha sido intenso --rojo en color y bordeado repetidamente la violencia, la tortura, la muerte, pero también la vida-- vayan estas palabras.

La *sangre* fue el elemento en el que nos vimos inmersas un grupo de escritoras latinoamericanas (además de muchos otros participantes, desde luego) en el “IV Simposio de Libros, Viajes, Viajeros: Vlad Tepes Drácula y el Discurso de la Sangre”, por lo que decidimos ponernos a la tarea de expresar la *sangre* de modo informativo y poético. Se debe también saber que dicho Simposio, ocurrido en el caluroso verano de 2019, obedecía a un viejo sueño mío: encontrar una figura histórica que haya sido y haya devenido en el tiempo, un gran viajero, tanto a nivel literario, artístico, altamente simbólico, como sabemos que lo fue y es, el Conde Vlad Tepes Drácula.

Los Doctores Katia Karadjova-Kozhuharova y Javier de la Cabada Huerta, parte de nuestro Comité Organizador, se abocaron a la tarea, nada fácil, de diseñar un póster para tal evento académico, en vivo color rojo y dorado donde se destacaba la figura del Conde. Javier de la Cabada Huerta realizó los contactos con la Universidad Lucian Blaga de Sibiu, capital cultural de Rumania, en pleno corazón de la Transilvania; dos contactos con quienes estaremos eternamente agradecidos: el Dr. Andrei Terian y la Dra. Eva-Nicoleta Burdusel por sus diligencias académicas y post-académicas extremas y su generosa hospitalidad.

Nuestra llegada y proximidad a los castillos del Conde fue, al decir de muchos, de película; efectivamente, la misma tarde en que nos hallábamos reunidos en los jardines de nuestro hotel, se alzó un viento fenomenal y un aullido-rugido de lobo invadió el espacio mientras los fuertes céfiros cerraban y abrían de golpe los postigos del hotel y de las casas que nos rodeaban. Alucinados nos retirábamos corriendo y entrábamos al hotel, con el pan, el queso y el vino que estábamos comiendo y bebiendo, en las manos. Ya veíamos correr sangre, cuando alguien sabiamente gritó: *¡“Tranquilos, es el Conde que nos está dando la Bienvenida”!*

Las “Palabras Preliminares” y el “Prólogo” de este libro le han confirmado a la lectora y al lector que la sangre recorre todas las regiones de la vida del ser humano y de los seres animados del planeta.

Son las imágenes de la sangre, pintadas por la pintora estadounidense, presente también en el Simposio, Natalie Craig, que nos reafirman que la sangre, cuya composición química todos compartimos, está en todas partes y que su color es definitivamente rojo. Tal vez algún científico pudiera decirnos lo contrario. *La Luna de Sangre / Blood Moon* en el inicio del libro, nos recuerda que la luna deviene roja cuando no recibe los rayos solares y nos parece que sangra; tal como cuando a nosotros y al resto de los seres animados de la Tierra se nos interpone algo y ya el sol o la luz, no nos alcanza física o metafóricamente.

Las diversas disquisiciones sobre el tema de la sangre a las que nos condujo la lectura este libro, ha lanzado nuestra imaginación a espacios recónditos aunque vitales; ha despertado nuestros sentidos al olor, al sabor, a la visión de la sangre; y ha hecho un llamado a nuestra sensibilidad, muchas veces adormecida, para apreciar y al mismo tiempo rechazar, los hechos violentos que conducen a la sangre derramada. La inmersión en los diferentes discursos sobre la sangre a los que nos expuso este libro, nos llevarán a dimensionar más posibilidades de vida y de sobrevivencia en este planeta y en otros, ya sea con este líquido en su estado de sangre natural o en sangre artificial.

- Lilianet Brintrup Hertling



Autoras

Autoras

Agosín, Marjorie

Andradi, Esther

Brintrup Hertling, Lilianet

Depetris, Carolina

Huerta Jaramillo, Ana María Dolores

Ilarregui, Gladys

Lipthay, Isabel

López de Mariscal, Blanca

Lorenzano, Sandra

Strejilevich, Nora

Natalie Craig, Pintora

Haro Luviano, Adriana, Prologuista

Marjorie Agosín, poeta chilena norteamericana y profesora de Literatura Latinoamericana en Wellesley College. Agosín es una escritora prolífica y autora de más de 54 obras, entre ellas novelas, memorias, poesía y ensayos. Ha sido galardonada con numerosos premios, entre ellos el Premio Naciones Unidas por su liderazgo en Derechos Humanos; y el gobierno de Chile le otorgó el Premio Gran Oficial Gabriela Mistral; recibió el Premio Fritz Reidlich de la Universidad de Harvard en el campo de los derechos de los refugiados. Por su actividad literaria ha ganado el Premio Pura Belpre otorgado por la Asociación Americana de Bibliotecas, el Premio Latino, el Premio Letras de Oro y otros. Entre sus libros más destacados están *I lived in butterfly hill* (novela) y *Las islas blancas* (poesía). Ha dado conferencias internacionales y reside con su familia en Wellesley, Massachusetts y en la costa de Maine.

Esther Andradi es escritora, ha vivido y trabajado en diferentes países. Nació en Ataliva, un pequeño pueblo de la provincia de Santa Fe, Argentina, y en 1975 emigró al Perú, donde fue reportera, cronista, jefa de redacción. En 1980 viajó a Europa y se radicó en Berlín (Occidental). En 1995 regresó a Argentina y vivió ocho años en Buenos Aires. Desde 2003 vive y escribe en Berlín. Sueña con un túnel que conecte Buenos Aires y Berlín, de manera que sea posible pasar rápidamente de una metrópoli a otra. En sus textos emprende a menudo semejantes traspasos entre uno y otro mundo, reflexiona sobre los cruces y márgenes, sobre aquello que se pierde en la travesía. Y también lo que se gana. Publicó crónica, ensayo, poesía, micro-ficción, cuento y novela. Sus crónicas sobre cultura, memoria y migración se publican en diversos medios de América, España y Alemania. Su reciente libro *Mi Berlín. Crónicas de*

una ciudad mutante registra su mirada sobre las transformaciones de esa ciudad. Tradujo la poesía de la poeta alemana negra May Ayim al español. Editó la antología *Vivir en otra lengua*, pionera en la construcción de un espacio para la literatura latinoamericana que se escribe fuera de las fronteras de los países de origen. Es autora de las novelas *Tanta Vida*, *Sobre Vivientes* y *Berlín es un cuento*, y de los libros de relatos *Come, éste es mi cuerpo*, *Chau Pinela*, y *Microcósmicas* entre otros. Ha sido traducida a varios idiomas, últimamente al islandés.

Lilianet Brintrup Hertling, chilena. Profesora Emeritus de la Humboldt State University, California. Doctorada en Literatura Hispanoamericana en The University of Michigan, Ann Arbor. Es autora del libro *En Tierra Firme, Amor y Caos, El libro natural y Chile, en particular (inédito)*. Otra de su poesía puede encontrarse en *Mujeres mirando al Sur. Antología de poetisas sudamericanas en USA*; *La Poesía Hispánica de los Estados Unidos. Aproximaciones Críticas*; *La Poética de la Mirada*; *Aérea. Anuario Hispanoamericano de Poesía*. Ha publicado poemas en Revistas Digitales como *Labrapalabra* (USA); *Ecozone* (Inglaterra); y *Tintas* (Italia); es autora de prólogos, crónicas y relatos de viaje: *Mis tres patrias y un puñado de Polvo*, *Pequeño Mal*, “Turbulent Times” y “Viaje al Tibet”. Ha incursionado en el tema Literatura y Derechos Humanos. Ha dado recitales en USA, Canadá, Chile, México, España, Hungría, Polonia, República Checa y Alemania. Es autora del libro *Viaje y Escritura: Viajeros Románticos Chilenos* (1992) y del libro *Ignacio Domeyko: La Memoria del Exilio (inédito)*. Sus estudios críticos han aparecido en libros y revistas especializadas y han sido presentados en distintos congresos internacionales (USA, Chile, México, Alemania, Francia, Holanda, España, Italia, Marruecos, China, Lituania). Ha sido Organizadora y Co-organizadora de Congresos Internacionales de Poesía Hispana (España, Chile, Hungría, Canadá). Ha sido Organizadora del “Primer Congreso Internacional de Poesía, Poética y Literatura de viaje de los Desiertos del mundo” (México) Ha sido Presidenta y Vicepresidenta de Congresos internacionales de literatura de viajes “Alexander von Humboldt” (USA; México [3]); China; Alemania; Marruecos; Chile; España) y Miembro del Comité Organizador del “VI Congreso Humboldt-Bonpland” (Francia). Es Vicepresidenta del “X Congreso Humboldt y los Viajeros desde y hacia España de todos los tiempos” (España 2022). Ha sido Miembro del Comité Organizador del “I y II Simposios de Libros, Viajes y Viajeros” (Puebla y Oaxaca, México); del “III Symposium Books, Travels and Travelers and the Discourse of Blood” (Romania) y es Miembro del Comité Organizador del “IV Simposio Internacional “Libros, Viajes y Viajeros y el Discurso del Agua” (Alemania 2022). Ha recibido el Premio “2019 Planet Humboldt Fire of Life Award” por su extensa trayectoria de congresos sobre la figura científica y humanística de Alexander von Humboldt.

Carolina Depetris. Argentina, 1970. Es Doctora en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid. Trabaja como investigadora en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Entre sus libros destacan *Aporética de la muerte. Estudio crítico sobre Alejandra Pizarnik* (Madrid: UAM ediciones,

2004), *La escritura de los viajes* (México: UNAM, 2007), *El héroe involuntario. Frédéric de Waldeck y su viaje por Yucatán* (México: UNAM, 2014), *El velo de Sócrates. Relaciones entre literatura y filosofía* (México: UNAM, 2020). Es autora del poemario *De consolaciones y otras crueldades* (México: Scripta, 2003) y *Pequeño mal* (México: Libros Magenta, 2014).

Gladys Ilarregui, poeta argentina residente en Estados Unidos desde 1983, es profesora asociada del Department of Languages, Literatures and Cultures en la Universidad de Delaware donde enseña literatura colonial y derechos humanos. Ha publicado varios libros de poesía, y parte de su obra poética ha sido traducida y criticada por Judy McInnis en el volumen *The Cumean Sybil*, University Press of the South, 1999. Recibió en Argentina el Premio Internacional Borges por su libro: *Poemas a Medianoche*, una vez publicado por Tierra Firme en Buenos Aires, ganó como libro poético el Arthur P. Whitaker Prize, otorgado por la Middle Atlantic Council of Latin American Studies, en Estados Unidos en 2003. Otros premios incluyen: el premio “Federico García Lorca” otorgado por la Embajada de España en USA en 1994 por su trabajo: *Oficios y Personas*, el “Premio Plural” por su trabajo: *Indian Journeys*, México, 1993. Una mención honorífica del Queen College en 1992. Su trabajo está registrado en múltiples publicaciones y antologías: *La Poesía Hispánica de los Estados Unidos*, *Aproximaciones Críticas*; *Anuario Hispanoamericano*, *Chicana/Latina Studies. The Journal of mujeres activas en el cambio social*, *Mujeres mirando al Sur*, *Nos tomamos la palabra*, *Antología crítica de textos de escritoras latinoamericanas*, *Voces y memorias de la Luna*, *Women Bearing Witness*, *La mujer rota*, *Poesía en Villanova*, *Al pie de la Casa Blanca*, *El cuerpo hendido: poéticas de la m/p/aternidad*, y sus reflexiones como escritora acaban de aparecer en: *Don't cry for me América. Antología de escritores argentinos en Estados Unidos* (ed. Fernando Olzanski, Hernán Vera Álvarez, 2020). Entre sus últimos libros se encuentran: *El libro de vidrio/The Glass Book* (2012) y *El libro de las heridas/The Book of Wounds* (2016). Ha leído varios años su trabajo poético en la Library of Congress de los Estados Unidos y en numerosos encuentros de escritores en diferentes partes del mundo. Recientemente su libro *Manifiesto de ruinas y destellos* ha sido galardonado con el Premio Carmen Conde de poesía escrita por mujeres de la Editorial Torremozas, 2021.

Isabel Lipthay, chilena. Autora, cantante, periodista y profesora de castellano. Estudió periodismo y canto. Trabajó como periodista cultural bajo la dictadura de Pinochet, en televisión, radio y revistas. Emigró en 1983 a Münster, Alemania después de una breve prisión, donde vive hoy con su marido y su hija. Desde 1986 formó el *Dúo Contraviento* a través del cual ha realizado diversos programas: textos, música, imágenes sobre la Conquista, Pablo Neruda, Mercedes Sosa, Víctor Jara, Frida Kahlo, Violeta Parra, la Guerra Civil Española, Chile despertó. Ha hecho grabaciones, vídeos y giras por diversos países. Entre sus publicaciones figuran: *Curiosas Plantas/ Seltsame Pflanzen*, *Aquel encuentro/ Die Begegnung*, ambas obras publicadas en Unrast Verlag, Alemania. Otras publicaciones y conferencias han tenido lugar

en Chile, USA, Canadá, Hungría, México, Polonia, Bélgica, Italia. Ganó el Primer Premio de Literaturmeisterschaft en Münster, Alemania (1997). Fue Visiting Professor y Keynote Speaker del *Latino Film Festival* en HSU, California (2006-2008/ 2018) y en 2015 fue Visiting Professor en la Università Degli Studi di Milano, Italia. Fue protagonista en la película “Following the Ninth” de Kerry Candaele. Ha trabajado en proyectos de teatro, danza, cine. Ha traducido y doblado películas. Su cuento “El abuelo” fue filmado por el irlandés Gerry Sheridan. Enseña español en Münster. Es miembro del Verband deutscher Schriftsteller (VS) de Alemania.

Sandra Lorenzano es narradora, poeta y ensayista “argen-mex” (nació en Buenos Aires, Argentina, y vive en México desde 1976). Doctora en Letras por la UNAM, ha formado parte del Sistema Nacional de Creadores de Arte. Actualmente se desempeña como Directora de Cultura y Comunicación de la Coordinación para la Igualdad de Género, UNAM, y es Coordinadora del Proyecto “Cultura y migración” (UNAM-UNESCO-Universidad Autónoma de Madrid). Colabora regularmente en diversos medios de comunicación de México, España y América Latina. Creó y condujo durante seis años el programa “En busca del cuento perdido”, primer taller literario radiofónico del país, en el Instituto Mexicano de la Radio. Asimismo creó los proyectos televisivos “Las otras voces” (TV UNAM) y “Pasiones y obsesiones” (Rompeviento TV). Publica quincenalmente en las revistas *Sin Embargo MX*, *La-Línea / The Guardian*, y *Literal*. Forma parte de la Asamblea del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación, de la Red Internacional de Literatura y Derechos Humanos, del International Women’s Forum, de University of California-Mexicanistas, entre otras asociaciones. Es coordinadora de los libros *La literatura es una película. Revisiones sobre Manuel Puig* (UNAM), *Aproximaciones a Sor Juana* (Fondo de Cultura Económica), *Políticas de la memoria: tensiones en la palabra y la imagen* (Ed. Gorla, Argentina), *Lo escrito mañana. Narradores mexicanos nacidos en los 60* (Ed. Axial) y *Pasiones y obsesiones. Secretos del oficio de escribir* (Fondo de Cultura Económica). Entre sus obras están también *Escrituras de sobrevivencia. Narrativa argentina y dictadura* (Mención Especial en el Premio Nacional de Ensayo Literario José Revueltas), los poemarios *Vestigios* (Pre-Textos) y *Herencia* (Vaso Roto), y las novelas *Saudades* (Fondo de Cultura Económica), *Fuga en mi menor* (Tusquets), *La estirpe del silencio* (Seix Barral) y *El día que no fue* (Alfaguara). Sus obras han sido traducidas al inglés y al italiano.

Nora Strejilevich es escritora argentina y docente universitaria. A partir de su experiencia como desaparecida en la década del 70 se ha dedicado a narrar y a investigar sobre genocidio y exilio. Su novela testimonial *Una sola muerte numerosa*, Premio Letras de Oro a la literatura hispánica en los Estados Unidos (1996), se tradujo a varias lenguas (inglés, alemán e italiano), se publicó en USA (1997), Argentina (2006 y 2007), Alemania (2014) y España (2018) y se adaptó a teatro (Michigan, Premio del Centro Kennedy, 2002). Su novela *Sobre-vivencias* fue galardonada con el Premio Narrativa de la Universidad de York, Canadá (1990) y su más reciente narrativa *Un día, allá por el fin del mundo* (2019) fue elegida para audiolibro. Sus relatos

breves, crónicas, entrevistas y artículos figuran en diversas revistas literarias y académicas y en capítulos en libros, entre otros: *Revisitar la catástrofe. Prisión política en el Chile dictatorial* (2016), *Cambridge History of Latin American Women's Literature* (2016), *De la inmediatez emocional a la distancia histórica. El terrorismo de Estado 40 años después* (2016). Sus libros de ensayo son: *El arte de no olvidar. Literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90* (2005) y *El lugar del testigo: Escritura y memoria* (2019), galardonada con una Mención Honorífica en el Concurso del Fondo Nacional de las Artes, Argentina (2017). Es Profesora Emérita de la Universidad Estatal de San Diego. Ha dictado seminarios en Chile, Italia y España como Becaria Fullbright y ha participado en grupos de investigación en las universidades de Virginia (USA), Konstanz (Alemania), y Tres de Febrero (Argentina).

Ana María Dolores Huerta Jaramillo. Mexicana. Doctora en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México. Profesora investigadora en el Área de Historia del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélaz Pliego” de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla donde participó en la fundación del Seminario de Historia y Filosofía de la Medicina. Ha desarrollado investigaciones sobre insurrecciones indígenas y campesinas a nivel regional, historia de las profesiones y de la educación, historia cultural urbana, estudios sobre diversos temas femeninos. Ha publicado entre otros libros *La historia de cada día* (2002); *Lavanderas en el Tiempo* (2003) y el *Formulario del maestro de farmacia don Carlos Brito...Hospital General de San Pedro. Puebla 1849.* (2006). Co-coordinadora de *Trayectos del Fulgor. Libros y viajes en la circulación de saberes. Siglos XVI al XXI.* (2017). Se ha desempeñado como integrante de la Comisión Evaluadora y Dictaminadora del Sistema de Investigación Ignacio Zaragoza de CONACYT. Coordinadora de la Comisión para los Festejos del Bi-Centenario de la BUAP, y Miembro Numerario de la Sociedad Mexicana de Historia y Filosofía de la Medicina. Pertenece a la Red de Intercambios para la Historia y la Epistemología de las Ciencias Químicas y Biológicas. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores desde 1987. Directora en la Dirección de Fomento Editorial de la BUAP desde octubre de 2013 hasta enero de 2018.

Blanca López de Mariscal Doctorado en Historia por la Universidad Iberoamericana. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores nivel II y en el Tecnológico de Monterrey y es profesora emérita del Tecnológico de Monterrey. Ha impartido clases en diversas Universidades como la Pontificia Universidad Católica de Chile, Humboldt State University en California, University of Antwerp en Bélgica, The Universität zu Köln en Alemania, la Universidad Complutense de Madrid, la Universidad de Burgos y la Universidad Hebrea de Jerusalén. Entre sus publicaciones se encuentran *Arte de bien morir y la contienda del cuerpo y alma: un incunable toledano de 1500* (2019); *Exploratrices Europeas* (2016); *La escritura y el camino. El discurso de viajeros en el Nuevo Mundo* (2014); *Viaje por el Nuevo Mundo: de Guadalupe a Potosí (1599-1605)* (2010); *Relatos y Relaciones de viaje al Nuevo mundo en el siglo XVI* (2004). Ha

sido editora y compiladora con Donna Kabalen *Recovering the U.S. Hispanic Literary Heritage, Vol. IX* (2014) y con Nancy Joe Dyer *El sermón novohispano como texto de cultura. Ocho estudios* (2012); con Judith Farré, *Viajes y Viajeros* (2006) y *Libros y lectores en la Nueva España* (2005) y *Cuatrocientos años del Ingenioso Hidalgo: colección de Quijotes de la Biblioteca Cervantina* (2013). Fundadora y editora de la *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*. Sus artículos de investigación han sido publicados en libros y revistas especializadas en México, Estados Unidos, España, Francia, Brasil y Perú. *Children's Book Press* publicó su libro *The Harvest Birds: Los pájaros de la cosecha* (basado la tradición oral zapoteca, 1995), libro nominado como “*Notable Book*” por la *Smithsonian Society*. El Colegio de México, publicó su libro *La figura femenina e los narradores testigos de la conquista* (1997) y *La portentosa vida de la Muerte* (1992) que recibió el premio de Investigación de la Universidad Autónoma de Nuevo León (1993). Ha sido conferencista magistral en congresos internacionales y Secretaria de la Asociación Internacional de Hispanistas (2004 a 2010) y Vicepresidenta de dicha Asociación.

Natalie Craig, pintora. Es artista visual estadounidense que crea una imaginería expresionista con diferentes medios sobre papel. Tiene un Bachillerato en pintura y grabado de San Diego State University en California y una Maestría en Artes Plásticas del Cranbrook Academy of Art de Michigan. En reconocimiento a sus esfuerzos artísticos se le otorgó la beca *Pollack Krasner*, el *Ingrid Nickelson Trust Achievement Award* y dos becas de la *Faben Foundation*. Craig participa regularmente en residencias de arte incluidas la *Morris Graves Foundation* en California, el *Vermont Studio Center*; ha estado también en los *Gretmore Studios* y más recientemente en la *Residencia Internacional para artistas de Jiwar* en Barcelona, España. Además participó en el “Simposio Internacional de Thupelo en Cape Town, Sudáfrica”. Ha exhibido su trabajo en USA, Europa y Sudáfrica. Craig vive actualmente en San Francisco, California y puede consultarse su trayectoria artística en: www.nataliecraigartist.com. La serie *Todos sangramos/ We All Bleed* es un grupo de 12 collages con técnicas mixtas sobre papel de bambú 14” x 20” que fuera presentada en el “IV Simposio de Libros, Viajes, Viajeros: el Conde Vlad Tepes y el discurso de la sangre” en la Universidad Lucian Blaga, Sibiu, Rumania, 2019.

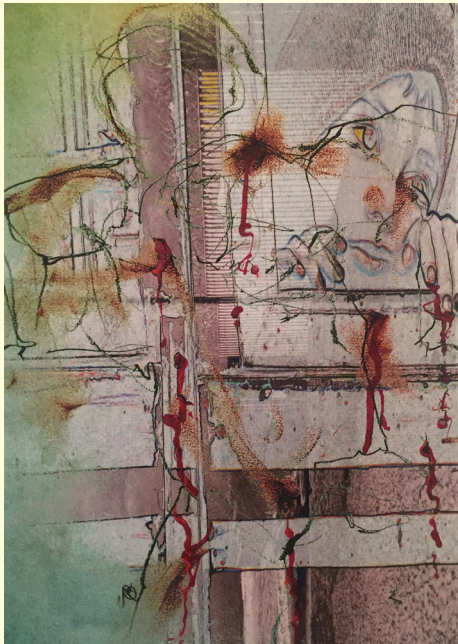
Adriana Haro-Luviano es M.A. en Literatura Comparada por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es profesora titular en el Colegio de Letras Modernas Alemanas. Imparte seminarios de Didáctica de la Lengua y la Literatura. Por encomienda del Rector Enrique Graue Wiechers fue la primera titular de la UNAM-Alemania, Centro de Estudios Mexicanos en la Universidad Libre de Berlín (2018-2020). Es representante de la Facultad ante la Comisión Evaluadora de Lenguas de la UNAM y es Coordinadora del Departamento de Lenguas. Sus líneas de investigación son didáctica de la lengua y la literatura, literatura aplicada, estudios comparados entre la literatura mexicana y las literaturas alemana, austriaca, suiza y japonesa; fraseología del alemán y su correspondencia en lengua española y pragmática de la comunicación literaria. Con el doctor Alberto Vital, director del CEPE, coor-

Migraciones de la sangre

dinó el volumen *Los otros que me dan plena existencia. Reverberaciones en torno a la obra de Marlene Zinn de Rall* (UNAM 2019). En coautoría con el Dr. Dietrich Rall publicó los artículos “Migrierende Menschen – aktuelle Märchen. Die Rolle mündlicher Traditionen aus Afrika bei Integration in Deutschland” (Transcript, 2019) y “Das Thema des Nationalsozialismus in prosawerken der mexikanischen Literatur der Gegenwart” (Transcript, 2020) y redactó el prólogo del libro de la Dra. Aurora González Roldán, *Pautas y experiencias para la literatura aplicada* (UNAM, 2019) y el prólogo del libro *Migraciones de la sangre. Textos de autoras latinoamericanas* (2021).



Arte de Natalie Craig



Blood Innocence



Bloodline



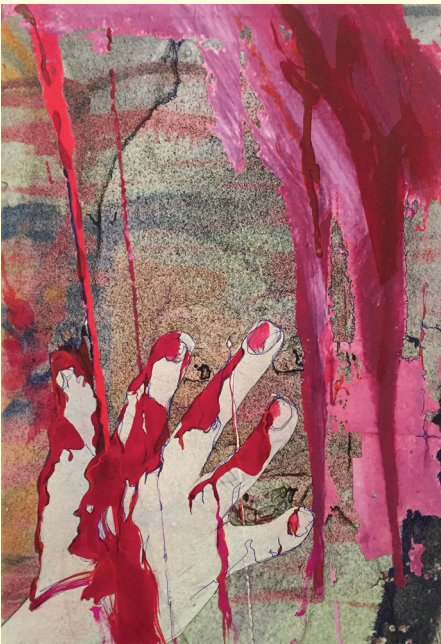
Blood Moon



We All Bleed



Blood Migration



Blood Prisoner



Blood Union Book



Blood Segregation